

COLECCION

POLICIAL EN SERIO

DELITOS

CASTIGOS

AÑO 1 / N° 6 / DICIEMBRE 1991 / A 37.000

EL CASO ORIEL BRIANT

Por
SERGIO SINAY

Ilustraciones
TULIO TOLEDO

**HABLAN LOS
ABOGADOS
DE LOS PIPPO
Y LOS BRIANT**

**AMIGO DEL
MATRIMONIO:
"PIPPPO SE
REUNIA CON
EL GENERAL
RICCHIERI"**

**PETISO
OREJUDO
EL PLACER
DE MATAR**

Por
CUADRO 5to

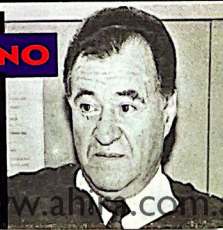
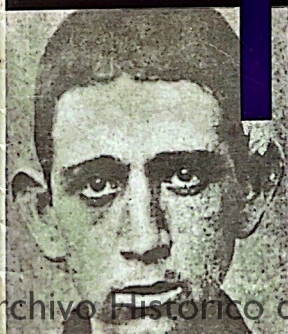


ENTREVISTA EXCLUSIVA A FEDERICO PIPPO

**"ORIEL ME HABIA PRESENTADO UNA
DEMANDA TRUCULENTA,
SANGUINARIA Y DANTESCA"**

**REPORTAJE A LOIACONO
DIRECTOR DE ¡Esto!**

**"HAY TANTO MORBO
EN LO POLICIAL
COMO EN LO POLITICO"**



Antes de elegir
"PROTAGONISTAS"
usted quizá
se acostaba temprano



Ahora,
es demasiado tarde...

Un programa hecho de igual
a igual, con la gente.
Donde usted nos ubicó:
primeros en audiencia.

conducen:

Eduardo Aliverti, Ricardo Horvath.

en las noticias:

José María Schinocca.

equipo de producción:

Javier Rubel, Marisa Strelczenia,
David Zanazzi.

columnistas:

Marcelo Bartolomé, Liliana Daunes,
Miguel Angel Fuks, Eleonora Gosman,
Ernesto Lamas, Julián Lemoine,
Omar López.

coordinación en estudio:

Agustín Tealdo

producción ejecutiva:

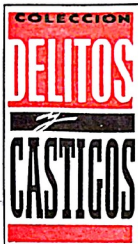
Alejandro Morales

Lunes a viernes. 22 a 24.

PROTAGONISTAS

SPLÉN DID
990AM

La otra forma de escuchar noticias



AÑO 1 • Nro. 6
DICIEMBRE 1991

STAFF

Editor responsable

Alberto Schprejer

Idea y dirección

Mauricio Cohen Salama

Secretaría de redacción

Miriam Lewin

Tapa

Jorge Spasari

Diagramación y armado

La Galería

Relato

Sergio Sincay

Ilustraciones

Tulio Toledo

Redacción

Raúl Hochman

Fotografía

Pablo de León

Colaboradores

Marcos Mayer, María Moreno,

Lito Moguiler, Ricardo

Rogendorfer, María Zaccaro,

Marta Tarantino, Viviana

Kornblith, Adriana Amante, Pablo

Ansolahehere, Alejandra Lora

Corrección

Gabriela Alegre

Presencia y RRPP

Gabriela Mariel Domínguez

Asesoría legal

Alejandra Tadel

Héctor Masquelet

Impresión

Ediciones Gráficas Mundo Color,

Santa María del Buen Aire 843,

Capital.

Delitos y Castigos es una

publicación mensual de Editorial

El Cardén (en formación)

Redacción: Montevideo 928,

7ma. D, Capital, Tel.: 42-1605 y

812-7342. Administración: Santa

María del Buen Aire 843, Capital,

Tel.: 21-3173.

Distribución

En Capital y Gran Buenos Aires:

Vaccaro Sánchez y Cia. S.A.,

Moreno 794, piso 9, Capital.

Tel.: 34-4031/2 y 334-8422.

En el interior del país: D. I. S. A.

Pte. Luis Sáenz Peña 1836,

Capital. Tel.: 23-9377, 26-3160

y 27-6645.

SUMARIO

EL CASO ORIEL BRIANT

El crimen perfecto. Entrevista a un ex alumno de Federico Pippo, 15

Diecisiete indicios. Entrevista al abogado de los Briant, 16

"Surgió el amor". Entrevista a Pedro Bianchi, 17

"Era el principal sospechoso". Entrevista al abogado de los Pippo, 18

Mensi, el vidriero, 18

Varias hipótesis, 19

"Oriel parecía feliz", 19

"Tengo todo escrito". Entrevista a Federico Pippo, 20 y 21

POLICIAL EN VIDEO

Por Marcos Mayer, 23

REPORTAJE

Pancho Loícono: "La sanata no se lee". Por Ricardo Rogendorfer, 24

SEGUNDA SECCIÓN

Petiso Orejudo: El placer de matar por Cuadro 5º, 27

El indescriptible, por María Moreno, 31

POLICIAL EN SERIO

Delitos y Castigos es una publicación que aborda en cada edición uno de los casos más resonantes de la historia del crimen en la sociedad argentina. Se recrean en este número las alternativas del asesinato de Oriel Briant, la bella profesora de inglés cuyo cadáver apareció el 13 de julio de 1984.

En la segunda sección, el grupo Cuadro 5º, formado por cuatro especialistas en policiales de principios de siglo, refiere las andanzas del célebre Petiso Orejudo.

El reportaje de este número, a cargo de Ricardo Rogendorfer, está dedicado a Pancho Loícono, director de la revista Esta.

El precio de la revista es a partir de este número de A 37.000.- La vida es así. No está de más aclarar que no nos vamos a enriquecer con este aumento.

En Montevideo 928, 7ma. "D", Capital, están a la venta los números atrasados.



Sergio Sinay

Escritor y periodista. Autor, entre otros libros, de *Sombras de Broadway* y *Dale Campeón*.

MUERTE PARA UNA PRINCESA

El cadáver de Oriel Briant fue encontrado con más de 35 puñaladas y dos disparos el 13 de julio de 1984. Descartada la responsabilidad de Luis Alberto Mensi, amante de la mujer en el momento de los hechos, el juez Julio Burlando intentó probar que Oriel había sido asesinada por un grupo integrado por Federico Pippo, ex esposo de la víctima, su hermano Esteban, su madre Angélica y su primo Néstor Romano. No obstante el empeño puesto por el Juez, los indicios reunidos no fueron considerados de suficiente envergadura como para acusar a los Pippo.



los que avanzaban sobre Buenos Aires. Ríos Regnaut era un hombre de 57 años que vivía en Mar del Plata. Manejaba su coche hacia la Capital, sin apuro.

Había dejado el mar en la mañana; que lo aprovecharan los turistas invernales, él lo tenía todo el año. Antonia, su esposa, lo acompañaba y tampoco ella sentía urgencia. Faltaban 75 kilómetros para llegar y era la una y media de la tarde. El viaje resultaba tan apacible como lo habían deseado. ¿Por qué no parar y tomar unos mates, entonces? ¿Por qué no?

Vio el parador una cuadra adelante y sacó el pie del acelerador. Bajó de la ruta, anduvo unos ochenta metros por la calle lateral y encontró un lugar que lo conformaba. Caminó veinte metros en busca del sitio en donde se ubicarían Antonia y él. Era un camino de tierra húmeda, bordeado de pasto y árboles. Entonces la vio.

Viernes 13, se dijo. No podía fallar.

Era rubia. Estaba de cara al cielo y vestía poca

un en invierno el mar es fascinante. Se convierte en un manto metálico e impenetrable que respira sobre quién sabe qué misterios. La gente también va al mar en invierno. No en una procesión interminable, pero va. Es la respuesta a un llamado ancestral. Aquel viernes 13 de julio de 1984 eran más los coches que marchaban hacia Mar del Plata por la ruta 2 que

ropa. Un par de medias le cubrían las piernas largas y esbeltas, dos cadenas plateadas le rodeaban el cuello, una con un ericifijo, la otra con una virgen; en la muñeca izquierda un reloj con malla de metal y, en la mano, dos anillos, uno con tres perlas, el otro con una piedra celeste. Era todo. Poco para un día de invierno. Pero a ella la envolvía otro tipo de frío. Estaba muerta. Rodeada de sangre coagulada. Había seis dientes desparramados alrededor de su cabeza. Sin duda le habían pertenecido. Su mandíbula estaba destruida por un balazo.

En verdad era poco lo que quedaba sano en su cuerpo. Tenía el brazo derecho flexionado junto a la cabeza y el izquierdo extendido junto al cuerpo. Alrededor de sus pechos había cinco huellas de cuchilladas que se introducían profundamente en el



cuerpo. También en el abdomen, en la pelvis, en la espalda, el cuchillo había hurgado hasta el fondo, sin piedad. Y, en una nalga, había el orificio de un segundo balazo. Tenía las piernas juntas y los pies separados. Era todo lo que quedaba de alguien que parecía haber sido una mujer bella.

Eso fue lo que vieron cuarenta y cinco minutos después los policías de la Comisaría 7ma. de La Plata, cuando llegaron desde los 23 kilómetros que los separaban del lugar. Para entonces, el carpintero Ríos Regnaud y su esposa ya habían decidido que nunca, jamás, volverían a detenerse a tomar mate en la ruta. Y menos si el calendario indicaba Viernes 13.

ESA CHICA RUBIA

Se llamaba Aurelia Catalina Briant. Pero todos pronunciaban su nombre en inglés. Oriel. Un sonido suave, insinuante, con una elc inevitablemente sensual en el final. No era un nombre para cualquier mujer. Y esa chica rubia, alta, de ojos y piel clara podía ser cualquier cosa menos vulgar. No necesitaba de aderezos para resultar atractiva. Tenía 37 años en aquel 1983. Había nacido en 1946, bajo el signo chino del perro. Las mujeres de ese signo están destinadas a pasar sin transición del cielo al infierno, a no valorarse en toda su magnitud, a tener premoniciones nefastas. Oriel era tranquila, sencilla, incluso ingenua, según sus amigas. Una peque-

ña Lady, habría dicho su madre, Millicent Brackenbury, con orgullo. No correspondía menos para la hija de ella y de Frank Arthur Briant, el ex director del Instituto Británico de La Plata. El matrimonio tenía otra hija, Dionisia, cuatro años menor que Oriel. La llamaban Denise. Toda la familia con nacionalidad argentina, todos —además— súbditos británicos. Y protestantes.

Rubia, esbelta, una princesa. Oriel. No correspondía menos. Su madre descendía de los Plantagenet, míticos nobles celtas-bretones que ingresaron en Gran Bretaña con la victoria de Guillermo el Conquistador en la batalla de Hasting. Eso fue en el año 1086. Ni la Reina Isabel podría mostrar semejante prosapia.

Pero no es cosa fácil mantener incontaminada la nobleza en estos días. Frank se enamoró de otra mujer y le anunció a Millicent el final del matrimonio. Después, se instaló en Montevideo con su nuevo amor. Oriel empezó a descubrir que los cuentos de príncipes y princesas son sólo eso. Cuentos.

Corrían los años sesenta. Flower Power. Hagamos el amor y no la guerra. Revolución sexual. Los últimos años inocentes del siglo. Acaso los últimos esperanzados. Oriel terminó su bachillerato en el Liceo Víctor Mercante, de La Plata, y empezó el profesorado de inglés. Eran años de efervescencia universitaria y modas revolucionarias. De Los Beatles y Leonardo Favio. Los estudiantes platenses

bailaban en la confitería Federico V.

Allí, y en los pasillos de la Facultad de Letras, fue donde ella empezó a cruzarse con él. Era flaco, alto, ascético, con rostro anguloso, de rasgos afilados. El año 1969 marchaba hacia su fin. Las Briant vivían en City Bell. Un sábado, en la noche, sonó el timbre de la puerta de calle. Abrió Millicent. Frente a ella encontró al muchacho flaco, alto, ascético. Calculó que tendría unos veintiocho años, acaso alguno más. Vestía un traje color arena, cuidado, quizá excesivamente prolijo.

—Buenas noches, señora—se presentó con voz suave y apenas el esbozo de una sonrisa—; me llamo Federico Pippo y vengo a salir con su hija.

EL CORO

Después, Denise Briant —cuando ya era ginecóloga y vivía en Zárate casada con el médico Rubén Luis Romano, el padre de sus tres hijos— iba a describir a su cuñado como a "un intelectual que siempre parafrasea a alguien. Un tipo de conceptos rígidos, que no se expresa con sus propias ideas". Lo recordaría como a un hombre supersticioso, capaz de sentir su hogar habitado por malos espíritus. Y también se acordaría de una daga que vio una vez sobre la chimenea en la casa de él. El hombre le contó que se empleaba, básicamente, como instrumento de tortura.

EL PROFESOR

Tenía 14 años cuando murió su padre. Alguien había colocado una bomba sobre las vías del ferrocarril, cerca de la estación Bernal, y el hombre intentó desactivarla. Se llamaba Esteban Marín Pippo y era sargento ayudante de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Cuando Federico Antonio se enteró, la bomba ya había explotado y su padre era un cadáver. Quedaban su madre, Angélica Olga Romano, sus hermanos menores, Esteban y Rogelio Alberto, y él. La mujer era enfermera del hospital de Lobos y se las arregló para que los chicos continuaran estudiando. Federico terminó el bachillerato, estudió Magisterio y terminó el profesorado de Letras en la Universidad de La Plata. El 26 de febrero de 1962 ingresaba en la División Armamentos de la Policía de la provincia para hacer trabajos administrativos. Su hermano, en cambio, se convirtió en un policía de uniforme e iba a llegar a sargento. Quizá era un homenaje al padre, pero ya se veía que, en el Paraíso de los policías, don Esteban Marín no iba a encontrar motivos para descansar en paz.

A Federico le decían Freddy. Más tarde lo iban a conocer como El Profesor. Así lo iban a identificar los cronistas policiales al escribir sobre él, años después. Había nacido el 18 de enero de 1941, bajo el signo del dragón. De los hombres dragones dice el zodiaco que son resentidos por no haberse sentido comprendidos por sus padres cuando niños; que cuando se enamoran son irascibles y celosos, posesivos sin límites; son supersticiosos y no soportan la derrota. El oráculo no ve ventajas en la unión amorosa del perro y el dragón; el perro no se deja embaucar, dice, y el dragón no recibe estímulos al

no sentirse adorado sin condiciones. A la larga o a la corta, ambos se sienten desgraciados, reza el mensaje del ciclo.

Pero en aquellos años lejanos, cuando alumbraba la década de los setenta, el perro deslumbraba al dragón. Comenzaron a salir cuidadosamente. Llegaban el uno al otro desde orígenes muy distintos. Un perro de raza y un modesto dragón. Lo primero que los unió fue la literatura. Siempre hay un primer peldaño cuando un hombre y una mujer van a encontrarse; no importa que sea sólido; después de todo al destino sólo se le exige un buen pretexto. Nada más. Sus gustos literarios eran afines y el descubrirlo les hacía ganar confianza, acaso sentirse predestinados. A ella le atraía este hombre, diferente de los muchachos de su ámbito, el humilde hijo de policía convertido en intelectual, todo tan alejado de la tradición Plantagenet. Para él la inglesa rubia era una conquista que no estaba anunciada en el frugal menú de su vida. Le gustaba lucirla, en algún rincón indeterminado de su pecho sentía el reconfortante calor del desquite.

Así transcurrió poco más de un año. Entonces anunciaron que se casarían el 4 de febrero de 1971.

EL CORO

Después, el subcomisario Agustín Mario Rizzo, jefe de la División Armamentos de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, recordaría que Federico Pippo era un poco raro e inexpresivo, que no tenía demasiada relación con sus iguales ni con sus subalternos, pero que, en la prestación de servicios, merecía un concepto brillante. Después, el oficial inspector Miguel Borellis, rememoraría a Federico como un excelente compañero. Y Carlos Jorge

Iglesias lo nombraría como a un "buen hombre", gracias al cual él pudo ingresar a la Policía.

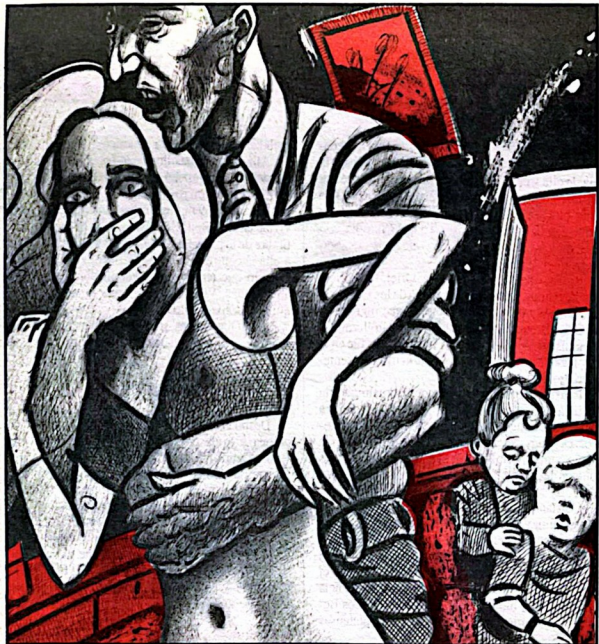
UNA MUJER DESCONFIADA

¿Qué razones tenía ella para ser confiada, divertida, desennuclada? Su trabajo en el hospital de Lobos le había mostrado, como en una vidriera, las caras más oscuras del dolor y de la miseria. Y aquella bomba que el Diablo puso en las vías del Roca la dejó sin marido mucho antes de lo pensado. No es que una no sepa a lo que se arriesga cuando se casa con un policía, pero la vida no le había dado ni siquiera una segunda oportunidad. Le habían quedado sus tres hijos para criar. Además estaban su sobrino, Néstor Romano, y esa chica, Nilda Hostache, para que también los criara ella. No fue fácil. Así es que a este cuerpo robusto, a esta mirada evasiva que llega siempre desde un segundo plano, Angélica Romano de Pippo se los ha ganado a pulso.

Tenía la sensación de que Federico había vivido incómodo en la casa, como si, en el fondo, se sintiera perteneciente a otro lugar. Y las cosas tampoco iban del todo bien con Esteban. Desde que ingresó en la Policía, en 1970, lo habían castigado varias veces, arrojándolo por no cumplir, o por llegar tarde o por negligencia, o por falta de respeto a sus superiores, o por no ir a la Academia o por descuidar los bienes policiales. También cargaba dos procesos judiciales, uno en 1973 y el otro en 1974, por eso que llamaban asociación ilícita, robos y riñas. Decían, y ella lo había escuchado, que el Trompo había tenido algo que ver con los milicos cuando desaparecía gente. Pero ella de eso no hablaba, ni preguntaba. La vida, la jodida vida, le había enseñado a cerrar la boca. Ahora el Trompo estaba destacado en Empalme Lobos y vivía con su mujer, la Nélida Bezzone, las tres nenitas y el nene. Y andaba por ahí esa otra mujer, Susana Sanders, la amante de Esteban. Pero de eso tampoco Angélica hablaba ni preguntaba.

Cuanto menos abría la boca, mejor. Ya la vida había resultado bastante dura sin necesidad de agregarle cosas. También de Freddy decían que había estado en ese grupo, en la Universidad, ese que llamaban CNU, que decían que era de derecha y que había matado a la rusita esa, Silvia Filler. El decía que no, que solamente tenía unos amigos en la Concentración Nacional Universitaria, pero que no estaba metido en política. Si él lo decía, ella le creía. A ella la política no le importaba. Como para política estaba. Había criado a sus hijos como pudo y ahora sólo esperaba un poco de tranquilidad. Pero ahí estaba Federico, saliendo con la rubia, con la inglesa. Parecía contento, orgulloso, era una mujer para lucir.

¿Pero qué tenían que ver ellos, los Pippo, con esa familia? Con la Oriol, con la Denise, y con la madre, la de nombre más raro, Millicent. ¿Qué tenían que ver ellos con ella, viuda de un sargento ayudante muerto en acto de servicio, enfermera jubilada del Hospital de Lobos? No tenía nada en contra de esas tres mujeres, pero no se le daba por invitarlas. Alguna vez lo había hecho, y las hermanas se las pasaron hablando en inglés. Y Angélica no entendía una palabra. Mucho menos entendía de qué se reían. Todo el tiempo se reían las inglesas. ¿De qué se reían? ¿De ella? Era posible. La vida le había enseñado a ser desconfiada y tanta charla en inglés y tanta risa la hacían sentirse mal. ¿Se reían de que ellos, los Pippo, eran gente humilde? Sí, claro, no estaban en buena posición como los Briant. No poseían influencia, no. Solamente el buen concepto que tenían de Federico en la Policía. Sólo con esa protección contaban. Con eso y con el dinero



que podría sacar de las modestas propiedades que había heredado de su marido.

¿Qué razones le había dado la vida para ser confiada? Ella desconfiaba de las inglesas. Y, para colmo, Federico anunciaba que se iba a casar con Oriol. Bueno, él siempre había aspirado a algo más.

UNA Y MIL MUERTES

Los cadáveres no tienen apuro. Sólo les espera la quietud infinita. El de la mujer rubia aguardó ocho horas hasta el momento de su autopsia. La habían estado buscando, pero no era así como deseaban encontrarla.

Frank Briant recibió la noticia en Montevideo y tomó el primer avión que pudo. A él y a su yerno, Rubén Romano, les correspondió reconocerla. Para los policías que los rodeaban, aquella no era la escena más agradable de presenciar, pero se trataba de un gaje del oficio y lo sabían desde el principio. Frank, no. El oficio de padre no incluye reconocer el cadáver mortificado de una hija. Nunca nadie le había anticipado que él debería dar fe de que esa mujer rubia, desgarrada a cuchillazos era, o había sido, Oriol. La princesita. La había visto recién nacida y ahora la veía muerta. Aseada.

Denise esperó afuera. Jamás vería a Oriol destrozada. No quería saber lo que encontrarían los médicos forenses. La autopsia se hizo aquella misma noche. Las incisiones en las zonas inframamarias habían provocado la fractura de dos costillas en el hemitórax derecho y de cuatro en el izquierdo. Los médicos se aferraron a la idea de que se había usado más de un cuchillo, porque las heridas denunciaban diferentes grados de fuerza, y porqué sus recorridos eran variables (de arriba hacia abajo en algunos casos, a la inversa en otros). Había cortes en los lóbulos de los pulmones y estaban rotos, en el corazón, el pericardio, la aurícula derecha y el ventrículo izquierdo. Por los cortes abdominales había perdido parte de los intestinos y materia fecal. Algunos de los cortes habían sido post-mortem. En el lugar donde la encontraron había habido poca sangre para tantas heridas, quizá porque fue retenida en las cavidades del tórax y el abdomen. Casi todas las heridas mostraban lo que los forenses llaman una cola de ratón. Es el triángulo que dibuja un cuchillo al penetrar en la carne; el filo marca un vértice y el lomo los restantes. Salvo un corte en un dedo de la mano derecha, no encontraron heridas defensivas. Mientras la mataban, Oriol había estado acaso inconsciente o maniatada. No drogada. No había indicios de ninguna sustancia tóxica en las vísceras ni en la sangre. Tampoco había rastros de semen en su boca, en su vagina ni en su ano. Del interior de la vagina extrajeron el dispositivo intrauterino que usaba desde hacía dos años y que le había colocado su hermana. Los médicos Julio César Rebollo y Carlos Alberto Carrere llegaron a dos conclusiones más. La muerte había ocurrido entre las 9 de la noche del jueves y las 6 de la mañana del viernes. Seguramente la habían matado en el mismo lugar en el que fue hallada; jamás podría haber llegado con vida desde otro lugar con semejantes heridas. Era probable que, mientras la mataban, Oriol estuviera acostada de espaldas al piso, mientras sus asesinos estaban arrodillados o hincados sobre ella. La muerte, punzante y helada, la penetraba una y otra vez. A pesar de los dos balazos que completaban la carnicería, fueron las cuchilladas las que acabaron con ella.

Sus despojos eran lo que quedaba de un odio profundo, visceral, enraizado hasta las entrañas en los asesinos. No bastó con matarla una vez. La habían seguido matando y matando.

—Alguien quiso matar en ella a todas las muje-

res —explicó pocos días después el psiquiatra Pedro Bustos, cuando los periodistas buscaban alguna justificación medianamente sustanciosa—. El homicida tenía en su interior profundos deseos de venganza, rencores contenidos. Es el típico caso de un reprimido que de pronto reacciona ante un estímulo, no importa cuál, puede ser un estímulo menor, y da rienda suelta a sus represiones...

Quizá el que lo hizo, quienes lo hicieron, nunca se enteró de que hablaban de él, de que hablaban de ellos. Quizá lo supo, lo supieron, y fue el momento de empezar a acumular nuevos rencores y de esperar un nuevo estímulo, cualquiera, incluso un estímulo menor. Una vieja consigna que manejan los psiquiatras y los policías dice que matar es difícil sólo la primera vez.

EL CORO

Después, Lucrecia Eckert recordaría que Oriol Briant le había pedido la dirección de su ex marido, Luis Alberto Salelli, que es abogado, para iniciar los trámites de separación legal. Y contaría cómo Oriol le confesó que Federico la amenazaba, la insultaba y le pegaba. Y le vendrían a la memoria las piernas de la mujer rubia, cruzadas por moretones y marcas de golpes.

UN MUCHACHO IMPECABLE

Le decían Charly y era lo que correspondía al descendiente de una buena familia, acomodada, de

prosapia sajona. Se llamaba Carlos Davis. Amaba la literatura y las artes en general, se había criado en un ambiente que estimulaba la sensibilidad en esa dirección. Físicamente recordaba a algunos de esos efebos que tomaban como modelos los artistas del Renacimiento. En 1979 tenía 23 años y trabajaba en la Embajada Británica. Por ese entonces decidió

ingresar al Profesorado Roque Sáenz Peña en busca de un título que lo habilitara en Lengua. Había un profesor con el que sintió desde el principio una especial afinidad, una tibia fluidez en la relación. Se llamaba Federico Pippo, enseñaba Literatura Castellana. Además de los puentes intangibles, sutiles, que los conectaban, existía un dato que, según Pippo comentaba, parecía marcado por el destino. El profesor estaba casado con una súbdita británica.

Charly sintió que podía confiar algunas de sus zonas más sensibles a aquel hombre. Por ejemplo, los cuentos que escribía. Cualquiera que escribía sabe que un texto es una de las zonas más vulnerables del propio cuerpo. Eféreo, evanescente, el arte los envolvió en una placenta común. Federico no ocultaba su atracción por la belleza física de aquel muchacho impecable. Charly sintió que, de un modo platónico, ese hombre lo amaba. Las facetas del amor son, después de todo, infinitas y nadie puede comprenderlo mejor que quien indaga en el alma humana a través del arte. ¿Podría entender Oriol, la esposa de Federico, que pareciera sentirse molesta cuando Charly estaba cerca de su marido? El muchacho sintió que no. Lo incomodaba, lo hería la tensión que partía de ella hasta un punto en el que no pudo soportarlo más y comenzó a alejarse de Pippo y del círculo en el que ambos se movían. Para entonces habían pasado tres años desde que ambos se conocieron.

EL CAMINO DE ESPINAS

No estaban los viejos vecinos de Lobos, ni los amigos de la infancia, ni sus primos, los Romano. Federico Pippo parecía, ese 4 de febrero de 1971, el día de su boda con Aurelia Catalina Briant, un hombre de ninguna parte, sin familia, sin orígenes. Había comenzado a alejarse de todo eso en los meses previos a su casamiento y lo hizo mucho más abiertamente a partir de entonces. En la familia se decía que desde el momento en que Federico se puso de novio con esa mujer fue como si lo hubieran perido.

No iba a ser un jardín de rosas el que habitarían Oriol y Federico. Se instalaron en La Plata y eligieron un departamento en 12 y 58. Quizá en esos tramos iniciales de la vida en común comenzó a desgastarse la ilusión que los había convocado en aquellos días de Beatles y Facultad. A medida que avanzaba la década de los años setenta y muchos de los sueños de los sesenta empezaban a morir sin piedad en el país y en el mundo, también se desvanecían los de ellos.

Uno que Oriol había tenido —sus amigos, su madre y su hermana lo sabían bien— era el de convertirse en madre de seis hijos. Se ilusionaba con eso desde la época de los juegos con muñecas. Y quizá creyó que sería posible cuando, tres años



después de la boda, nació Martina, su primera hija. Federico corrió al Registro Civil a anotarla. Y registró este nombre: Martina Pippo Briant. Los dos apellidos, para que el inglés realzara al otro, vulgar, intrascendente.

Un hijo uno o separa. Tapa o denuncia. Oculta o evidencia. Por la época en que nació Martina había

cosas en la pareja que ya no podían esconderse. Durante muchas noches Federico no regresaba a su casa. No le convenía, decía, porque era mucho el trabajo que lo aguardaba y necesitaba quedarse hasta tarde lidiando con eso. La presión lo ponía en estado de tensión. Se lo veía nervioso, irritable. Empezó a tomar sedantes y ansiolíticos. Butralgil, Butrimina, Lextotanil 12 eran nombres cotidianos en la

medicación que le recetaban el inspector general Jorge Oscar Justino Ojeda, médico del servicio penitenciario, o su suñada Denise. Cada veinte días, Oriel compraba una caja de 30 comprimidos de Lextotanil y le contaba a Héctor Núñez, su farmacéutico de City Bell, que su marido lo tomaba acompañado de champán o con vino blanco. Las

botellas vacías aparecían entre los desperdicios que salían de la casa.

Eran las primeras grietas. Pero nacieron otros hijos. Para el momento del tercero, los Pippo Briant alquilaron una casa en la calle 43, entre 13 y 14. Y a fines de 1978 compraron una casa en la Avenida Cantillo, en City Bell, entre las calles 22 y 23, que después de algunas reformas, quedó con tres habitaciones, cocina, comedor diario,

baño, sala de estar, un pequeño patio parqueado, un quicho, una pileta de natación también pequeña, un depósito de limpieza y una habitación de servicio con baño; Angélica Romano y Millicent Briant pusieron dinero para que la compra fuera posible, aunque la casa quedó registrada como un bien ganancial de la pareja.

Algunos vecinos verían a Federico en la calle, acompañado de sus hijos y fastidiado por ellos, gritándoles y pegándoles con la mano abierta, como si algo lo transformara. Hasta para él mismo resultaba difícil explicarlo. Se había casado con Oriel, deslumbrado por ella, había sido a ella a quien había deseado, no a estas complicaciones que ahora sobrecargaban su vida. De ella se había enamorado, acaso sin tener en cuenta que el amor puede ser ciego, pero no necesariamente gratuito. Le gustaba verla con el pelo rubio largo hasta la cintura y le pedía, casi le exigía, que lo llevara siempre así. Adoraba verla con vestidos, y, si era posible, de buenas telas. Nada de vaqueros o de aire descuidado y casual. No. Él se había enamorado de una princesa dorada. Le encantaba observarla fumar con boquilla. Oriel era para él un objeto de degustación, una experiencia estética, y se obsesionaba con cada detalle que permitía perfeccionar esa obra.

Ella no hablaba demasiado. Si alguna honda línea de sombra surcaba su corazón, era una línea profunda, íntima, que se trazaba en silencio. Quizá había hecho sus primeros ejercicios para sofocar el dolor en aquel tiempo lejano en el que Frank, su padre, se fue de la casa. Entonces, dirían algunos de quienes la conocieron con cercanía, Oriel eligió permanecer niña en algún rincón de su identidad. Crecer era doloroso, aun para una princesa rubia. Acaso conservar la ingenuidad le permitiera no darse cuenta. Y así, sin darse cuenta, sin querer darse cuenta de que el padre ya no estaba, dejó, comentarían algunos, que en el lugar de esa ausencia la figura del padre, de un hombre, tomara características de leyenda. ¿Cómo era un hombre, después de todo? Federico, alto, fino y culto bien podía ser la respuesta. Y lo idealizó. Y lo aceptó. Y aceptó convertirse para él en lo que él quería que ella fuera. Por fin un hombre para el cual, sí, valiera la pena ser una princesa rubia, bella, encantada y encantadora. Por fin un hombre con el cual tener todos los hijos que había soñado criar.

Pero aunque la princesa hubiera procurado detener el tiempo del crecimiento y detenerse en el tiempo, la vida no es —y no iba a ser para ella— sólo un lecho de rosas. El sueño de ser madre es siempre bello. Ser madre es un trabajo. Y ella trabajaba también como profesora de inglés en el instituto Tettero y en la Universidad. Y las cosas de la vida cotidiana se pagan con dinero. Y el hombre fino y culto con el que hablaba de literatura durante el noviazgo, el caballero humilde y galante, se fastidiaba con las incomodidades de la vida cotidiana. Salía de la casa a las siete de la mañana y regresaba muy tarde en la noche. No se interesaba ni por propios ni por extraños. Se desentendía de las necesidades de la familia. Estaba montado en el péndulo que lo llevaba de la depresión a la excitación armada de las pastillas de las que no podía privarse. Cada vez estaba más irritable. Empezaba a exigirle, casi a imponerle, que siguiera siendo la bella doncella rubia de aquellos tiempos finales de los sesenta. Comenzaron a llegar los hijos. El encantamiento empezó a agrietarse. Y lo terminaron de romper los golpes. Los golpes de él. En el cuerpo de ella. Golpes que recibía de las mismas manos de las que antes había recibido caricias.

¿Cómo era un hombre, después de todo? ¿Así? ¿Rodeado de aquellas personas extrañas, de aquellas mujeres que la atormentaban, de esos mucha-

¿Podría entenderlo Oriel, la esposa de Federico, que parecía sentirse molesta cuando Charly estaba cerca de su marido? El muchacho sintió que no. Lo incomodaba, lo hería la tensión.



chos de gestos y miradas equívocas, sinuosas, de una suavidad que no inspiraba ni calidez ni confianza?

El tiempo transcurría delineando las respuestas. Oriol y Federico dejaron de dormir juntos y cuando sus cuerpos tenían algún encuentro no era para que las pieles se fundieran sino para que se rasparan, no era carne con carne sino piedra con piedra, no era conquista sino ultraje, no era entrega sino batalla, no había deseo sino exasperación, no había amor sino odio. La década de los años setenta fue un lento, detallado calvario en cuyas estaciones ella fue desgastándose con dolor de las ilusiones con que había edificado sus sueños de novia. Su hogar era un infierno y afuera, en el país, ardía otro. No quedaba un sólo rincón donde mentirse cuentos de hadas.

EL CORO

Después, Raquel de Cuello, una profesora jubilada, que había sido colega de Federico, revelaría que Pippo le había parecido siempre un buen alumno y un buen profesor, pero que se había ido desequilibrando lentamente hasta desbarbarrarse luego del segundo alumbramiento de su esposa. Recordaría que, según ella sabía, Federico amenazaba a Oriol, la obligaba a pagar la luz y el gas y cenaba con una vela para ahorrar. Se aparecía cuatro o cinco veces cada día en la casa de la señora Cuello, pedía whisky u otra bebida y, si no, un par de tazas de café doble. Entonces empezaba a contar chismes, versiones, rumores. Parecía siempre excitado, era capaz de seguir apasionadamente a una persona si le gustaba y de abandonarla luego, de un día para otro. Y esa persona, evocarla la profesora, podía ser de cualquier sexo. A veces viajaban juntos a Mar del Plata a dictar algún curso, y ella le había visto

El grito de su hija aun resonaba en las entrañas de Milicent.

"¡Mamá, mamá, ayudame, me está pegando!". Ella quiso auxiliarla; se arrojó sobre Federico arañándole la cara.

tomarse hasta cinco pastillas en alguno de esos viajes.

Daniel Gutiérrez Eguía, que trabajaba en la caja de jubilaciones y retiros de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y conocía desde hacía muchos años a los Briant, diría después que Oriol era el motor espiritual y material del matrimonio. Ella, recordaría, le había confiado que pensaba separarse del esposo, atemorizada después de que Federico la hubiera golpeado y amenazado.

UN HOMBRE DISTINTO

Quizá era por las travesuras de los hijos, lo cierto es que los vidrios se rompían con frecuencia en la casa de la avenida Cantilo. A media cuadra de allí había una vidriería y Oriol empezó a necesitar de sus servicios. El hombre que la atención era, según lo describen todavía los vecinos, temperamental aunque también amable y cálido. Ya había atravesado los cuarenta años cuando empezó a ocuparse de los

vidrios de la casa de los Pippo. Tenía un buen diálogo con la mujer rubia. Hablaban de todo un poco, hasta de fútbol. A Luis Alberto Mensi le gustaba mucho el fútbol y los hijos varones de Oriol encontraron en él alguien que les enseñara a jugarlo. Su padre, el profesor de literatura, odiaba ese juego bastardo. A Oriol le gustaba ver a sus hijos varones mayores, Tomás y Julián, pateando la pelota en el patio, en compañía del vidriero. Se sentía tranquila, distendida, cuando hablaba con ese hombre sencillo, confiable. Esto, la confianza, era algo que habitualmente no acompañaba, en su percepción, a la figura de un hombre. Pero éste transmitía algo que ella no sabía describir, algún anhelo de lo masculino que ella recién conocía ahora, cuando ya era una mujer madura, instalada en sus treinta y dos años.

Un afecto leve, cómodo, reconfortante creció entre ellos. Ella sintió confianza como para contarle de sus sufrimientos conyugales. El le habló de su esposa, María, de su hija. ¿Cómo podría la memoria determinar exactamente el momento en que nace un sentimiento, un deseo? No hay instrumento que pueda precisarlo. Simplemente ocurre. Tiene que ocurrir y ocurre. Mientras se diluía el cuento de la princesa y el profesor, mientras las amenazas y los primeros escarceos de la separación preparaban el final, hubo un momento, del cual la memoria no puede dar cuenta, en el que los cuerpos se hicieron protagonistas. Empezaron a encontrarse fuera de la casa de la Avenida Cantilo. Si bien eran discretos, no pudieron evitar algunos rumores. No les era fácil encontrar los momentos, hacer coincidir los horarios. Paseaban por el Parque Pereyra Iraola, por Punta Lara, por la ruta 2 o por Quilmes. Hablaban, se prodigaban ternura. Ella preparaba su divorcio. Así transcurrieron semanas y meses, hasta que

Pipito y Oriol empezaron a vivir separados. Hacía mucho tiempo que Oriol no estaba en los brazos de un hombre por propia voluntad, sin amenazas, ni golpes ni forcejeos. Y hacía mucho más, acaso desde siempre, que no se sentía simplemente así, una mujer haciendo el amor.

Una vez por semana al menos, comenzó a experimentar ese bello misterio. El resto de los días ella y Luis se hablaban por teléfono.

DIVERSIONES PARTICULARES

Terminaba el año 1981. Oriol estaba embarazada de Christopher. Iba a ser su último hijo. Entonces Federico le anunció que haría un viaje. Iría a Grecia, Turquía, Egipto, Italia y España. Y no iría solo. Lo acompañaría Charly Davis. Al regreso del viaje Federico solía contar con orgullo, durante las clases del profesorado, cómo los egipcios no habían podido disimular la admiración por la belleza de Charly. De su Charly.

De lo demás que ocurrió durante el viaje lo que quedaría sería tan misterioso como muchos de los territorios que recorrieron. Pipito iba a decir que los pasajes los pagó su esposa porque era ella quien manejaba el dinero del matrimonio. También iba a contar que, en verdad, cada quien pagó lo suyo. Pero según Davis fue el profesor, su profesor, quien pagó los pasajes y la mayor parte de la estadía, aunque se pusieron de acuerdo en dar otra versión para evadirse de las habladurías. Federico iba a asegurar que él llevó tres mil dólares, algo más que su compañero, y que cada uno se pagaba sus gastos. Según Charly, su amigo llevó en verdad siete mil dólares y él solamente cuatrocientos. Según ambos, habían dormido en camas separadas. El viaje tenía tantas caras como un poliedro. En esos veintiocho días, sola, Oriol sintió cómo la vida de su próximo hijo maduraba en sus entrañas. Y, también, cómo una decisión irreversible cobraba forma en su mente. El sueño de la princesa continuaba su agonía.

Y en esos días de fin de año algo más ocurrió que

Mensi salió a buscarla.

**Esé día, a esa hora, en el barrio
ya cundía cierta preocupación.
Corría, todavía sorda, la voz de
que Oriol había desaparecido.**

lo fue acercando a su fin. Lía Galán, una antigua amiga de Federico, decidió organizar, en aquel diciembre y en la casa de la Avenida Cantilo, una fiesta. Federico quería que sus amigos se divirtieran. El mismo quería divertirlos, pero un maldito dolor le partía la cabeza. Probó con una pastilla de Lextanol y otra de Tetralgil y le pidió a Oriol que fuera a la estación de tren a recibir a Charly, que venía de Buenos Aires y era alguien muy importante para él. El no podía hacerlo por aquel podrido dolor y por otra parte jamás había aprendido a manejar. La mayoría de los invitados era gente joven y de buen nivel cultural. En un principio la dosis de pastillas pareció tener un buen efecto en Federico. Después, sin embargo, se descompuso y vomitó. Pero se rehizo y bailó para sus invitados, acompañado de Charly y envuelto en una túnica que había traído de Egipto.

Hacía calor y el vino blanco, el champán y los jugos de fruta se consumían con facilidad. Las botellas vacías se amontonaban con velocidad. Lucrécia Eckert, la amiga de Oriol, estaba allí y miraba con aire curioso y perplejo lo que ocurría en la casa. Un aroma dulzón, persistente, flotaba en el aire, suspendido en él. A través del humo y del ruido Federico se acercó y le ofreció un cigarrillo delgado, armado a mano, que ella no aceptó. Entonces él le dijo que ella le gustaba, que siempre le habían gustado las chicas que rechazaban la marihuana,

como Lucrécia y como Oriol.

Quizá esa noche, como suele ocurrir en esas noches espesas cuando se impone diciembre, Oriol reflexionó sobre las cosas vividas en ese año 1981. Por un extraño rito del alma las densas noches de diciembre suelen ser momentos de balance. Y quizá Oriol recordó ese año como un período muy particular. A cada hora Federico le había parecido más extraño, más ajeno, más opuesto. No sólo por esta fiesta y el viaje, por las peleas y las amenazas. También recordaba aquella reunión de la Iglesia de la Unificación, la Secta Moon, que se había hecho en el Hotel Libertador de Buenos Aires y a la que él había asistido. El tema había sido el de las "Nuevas ideas para una sociedad en crisis" y el congreso lo había auspiciado la Universidad Católica de La Plata, que en aquel momento tenía como rector a Nicolás Argentato. Ella acompañó a la clausura a Federico. El estaba contento. En ese congreso se había reencontrado con antiguas amigas y compañeras de estudio. Cecilia Beatriz Fraga, que ahora vivía en Estados Unidos y era tesorera de la Secta. Elena Testone de Vilches. La misma Lucía Galán. Elena testaba para ella, en un lugar extraño. Como era totalmente extraño, ahora, Federico Pipito.

LA SUEGRA DE LA PRINCESA RUBIA

En algún momento de su vida Juan Carlos Pérez —así de simple era su nombre— descubrió que tenía algunos poderes y decidió vivir de ellos, aunque fuera modestamente. Se dedicaba a curar el mal de cabras, el empucho y el mal de ojo. Hasta ahí llegaba su poder. Pero de ninguna manera podía hacer lo que le pedía aquella mujer tosca y de pocas palabras. Angélica Romano de Pipito lo visitaba con frecuencia en aquellos meses iniciales de 1983 y siempre le imploraba lo mismo. Que le curara los males espirituales derivados de la separación de su hijo y su nuera.

En González Catán, en la calle Bagacilupo entre Almagro y Dijon, otro manzanero, Guillermo Alberto Almada, también recibió por entonces la visita de la señora, acompañada de su sobrino Néstor Romano y de su hijo Esteban Pipito. Le dolián las piernas y él recomendó frías con alcohol y alcanfor, un remedio infalible. Pero insuficiente para el otro grave problema de la mujer. Ella sacó una foto recortada en la que se la veía junto a su nuera Oriol. Quería que Almada le hiciera "un mal, algún trabajo" a la mujer rubia, porque ésta hacía sufrir a su hijo Federico. Almada le explicó que él sólo podía hacer el bien, ningún mal. Esto la puso furiosa y amenazó con que su hijo le haría algo grave a su nuera.

Meses después, cuando la interrogaron, no recordaba nada de esto, que quedó grabado en la memoria de Almada y de Pérez. Estaban sólo reconocerla haberla llevado a lo de Almada, pero para pedir un bien. Angélica Romano iba a jurar y perjurar que ella y Oriol se habían llevado siempre de un modo excelente, que ella era la encargada de entregarle cada mes a su nuera el dinero que le enviaba Federico y que juntas iban a decidir qué hacer con los muebles y con la casa. Por lo demás, juraba y perjuraba que había consolado a Federico diciéndole que no lo tomara a la tremenda, que no era ni el primer ni el último hombre que se divorciaba. Eso sí, debería cuidar muy bien que, al repartir los bienes, la familia Pipito no quedara perjudicada. De ella seguía siendo el dinero que había prestado para la compra de la casa y no estaba dispuesta a que se perdiera un solo centavo. En cuanto a que su nuera tenía un amante, ya lo sabía. Se lo había contado Esteban, porque también lo sabían sus nietos. Y a ella, a Angélica, le volvíen los mismos sentimientos que en aquellos viejos tiempos, quan-



do las dos inglesitas se reían y ella no entendía de qué. ¿Se reían de ella? ¿Se reían de los Pippo? ¿Se seguirían riendo ahora?

Bueno, ella les había dado un buen motivo para dejar de reír. Federico era un dejado y nunca sacaba los muebles de la casa de la Avenida Cantillo. Y esos muebles eran mucho dinero, se los había regalado ella. Ya Oriel se había llevado algunos cuando se mudó con los chicos a la casa de su suegra y, encima, cuando las cosas empezaron a andar mal, Denise también se quiso llevar otros. Angélica tenía motivos para seguir desconfiando de las inglesas. Eso le explicó después al juez. De manera que le pidió a su sobrino Néstor que le alquilara o le prestara una pieza en el stud de Lobos para guardar los muebles hasta que terminara el juicio de divorcio y ella y Oriel arreglaran la repartija. Su hijo Esteban se encargó de conseguir un flete y hacer el traslado. Allí quedaron los muebles, después de desaparecer de la casa de la Avenida Cantillo.

El abogado José María Gárriz fue el elegido esta vez. Lo de los muebles había colmado la medida y Oriel recurrió a él para plantear una demanda por alimentos y otra por divorcio, incluida la tenencia definitiva de los cuatro chicos. Volvió a contar que él le pegaba en reiteradas ocasiones. Gárriz era el auditor general del Servicio Penitenciario bonaerense.

LA SUEGRA DEL PROFESOR

Corría enero de 1983 y hacía mucho tiempo que Millicent Brackenbury de Briant no veía así de contenta y distendida a su hija mayor. Federico se había ido a Bariloche, a un encuentro con la Secta Moon, y Oriel le contó que, acompañada por sus cuatro hijos, y sin su marido cerca, había pasado algunos de los mejores días de su vida. La vivencia le dio la fuerza que necesitaba. Le anunció a su madre que, ahora sí le iba a separar. Millicent ya sabía lo de Mensi y pensó que, después de todo, le esperaban a Oriel días mejores. Buenos días.

Ya para entonces era común, cuando más tarde al declarar, que Pippo tuviera sus ataques depresivos y le pegara a Oriel. Incluso hubo una vez en la que ella fue con su hija a buscar a los chicos al colegio. Tardaron más de lo que él estaba dispuesto a esperar y fue suficiente para que metiera a Oriel en un cuarto y comenzara a pegarle. El grito de su hija aun resonaba en las entrañas de Millicent. "¡Mamá, mamá, ayúdame, me está pegando!". Ella quiso auxiliarla: se arrojó sobre Federico arañándole la cara. Ella, la descendiente de los Plantagenet. Pero él tropaudo más. Lo arrojó al piso luego de pegarle una trompada que le lastimó un ojo. Después él se fue con los cuatro chicos, que habían visto todo, a la casa de la Avenida Cantillo.

EL CORO

Después, Beatriz del Carmen Uribarri, una vecina, declaró que una vez, delante de ella, Pippo le pegó a Oriel una patada en el culo y que mientras ella, Beatriz, intentaba interceder, él le gritaba a su esposa: "La voy a matar, la voy a matar".

Después, Irma Caprara de Suárez Guerrini, profesora de Letras y alguna vez compañera de estudios de Pippo, recordaría a Oriel como buena, cálida y asustada; e indicaría que un día él le dijo a ella, a Irma: "Que mi mujer no se haga la loca porque tengo gente que la puede reventar a patadas". Después de separados, él insistía ante Irma en que Oriel algún día iba a volver porque no podía abandonarlo a él, hombre culto, profesor de Letras, por un simple vidriero.

Después, Beatriz del Carmen Oliva, madrina de

Tomás y profesora de inglés como Oriel, diría que su amiga vivía aterrorizada y que ella, Beatriz, vio cómo una vez él le pegaba una patada debajo de la cintura mientras Oriel atendía el teléfono.

Después, Carlos Davis admitiría que se alejó de Federico cuando el matrimonio del profesor entró en crisis. Y recordaría que, en verdad, Federico sentía hacia él una suerte de amor platónico. De Oriel recordaría que, en un principio, era sumisa. Tanto que nada decía cuando, en las fiestas, Pippo seducía a otras mujeres delante de ella. Ni cuando su marido le confesó que, en la propia casa de ellos, él había tenido relaciones con un hombre de La Plata. Charly no sabía con exactitud quién era ese hombre, pero sí que Federico tenía una amante, la alumna Delia Bolteri, y que estaba orgulloso de la fidelidad de Oriel. Después, Davis recordaría también que, tras la crisis y la separación, Federico decía que su mujer lo odiaba. Y después, el 31 de julio de 1984, Carlos Davis declararía que, en una tarde de abril, mientras él y el profesor caminaban por la Avenida Santa Fe, Pippo le confió que había pagado cien mil pesos argentinos a cuenta del asesinato de Oriel. Aun le faltaba pagar otro tanto para que la tarea fuera ejecutada. Mientras tomaban algo en la confitería Young Men's, él intentó convencer al profesor de que aquello era una locura, pero Federico, ofuscado, irreducible, insistió en que aquello era cosa juzgada.

MUJER BONITA

Enterarse, por los vecinos, por sus hijos, por Denise, de que Oriel y el vidriero eran amantes, fue sentir el dolor agudo de un fino puñal en el pecho. El era, y no lo ocultaba, un hombre celoso. Quizá por eso en algún momento de aquella conversación con Charly se había sentido furioso y había dicho algo así como "la voy a amasar". Pero era la bronca, no otra cosa. No la iba a matar. Había pasado por muchas experiencias en su vida, como aquella "cambiada" de la adolescencia que le trajo esta antigua dilatación anal; o su paso por los *moonies*, de los que se alejó porque, de veras, no lo convenía esa mezcla de cristianismo, budismo e hinduismo. Había vivido muchas experiencias diferentes, sí, pero no el asesinato.

Sí, a veces lo enardecían las cosas que ella hacía. Por ejemplo, eso de haberse cortado el pelo —por venganza, como aceptó Denise— y de empezar a usar vaqueros. El desinteresó mientras hacían el amor, aun cuando la sentía acabar. O esa idea loca que se le había puesto en la cabeza, cuando lo enfrentaba diciéndole: "Quiero vivir, necesito otras cosas, ser libre". Esa manía de andar por la casa todo el día cantando *Mujer Bonita*, de Roy Orbison, en inglés. O el nerviosismo que le hacía gritarle a los chicos. El se lo reclamó una vez y ella se le abalanzó intentando arañarlo, como antes lo había hecho su suegra. Entonces la arrojó sobre la cama y le pegó un par de palmadas, fuertes, eso sí, en las nalgas. Y tal vez una patada. No recordaba haberle pegado más que eso. Y de pensar en matarla, ni hablar. Incluso sus abogados —Ricardo Bianchi y Miguel Ángel Nicoccia— podían decirlo; a mediados de mayo de 1984, antes de una audiencia de conciliación, él y Oriel se habían encontrado en el Camino del Centenario, como cuando eran novios; habían hablado, ella le pidió que regresara, se besaron y, por fin, él le dijo que estaba enamorado ya de otra mujer. Ella se quedó llorando. Lo conmovió, sí, pero ya no la amaba. Sin embargo, la había amado mucho. Eso mismo día firmaron los papeles de divorcio por mutuo acuerdo. ¿Cómo iba a matarla justamente él, Federico Pippo?

MUJER MUERTA

A las once y media de la mañana del 18 de julio de 1984 un cortejo lúgubre, silencioso, que cargaba mucho más que el peso de un ataúd, partió del Instituto Terrore, de La Plata, en la calle 11 entre 45 y 46, y marchó hacia el cementerio. Hasta poco antes el cuerpo de Aurelia Catalina Briant, nacida el 29 de junio de 1946, bajo el signo de Cáncer en el horóscopo occidental, y muerta el 13 de julio de 1984 bajo ese mismo signo, había estado en la morgue. Poco después el féretro era bajado por Frank Briant, Rubén Romano y otros dos familiares —Federico Pippo no estaba entre los asistentes— y quedaba enterrado en el sector 15, tablón 6, tumba 37. Hubo llantos, gritos, lamentos. Después, silencio eterno.

EL 6 DE JULIO

Ese día, en el mediodía, Oriel estuvo en el estudio del doctor Gárriz para conversar sobre el valor de los bienes conyugales. Más tarde pasó por la casa de la Avenida Cantillo y dejó una nota manuscrita: "Federico: mañana voy a Campana y Julián se quiere quedar. Mañana a la mañana te lo traigo entre las 9 y las 10. Cualquier cosa hablame esta noche por teléfono. Gracias, Oriel."

EL 7 DE JULIO

Ese día el comisario inspector Rubén Alberto Díaz Aguirre le concedió a Federico Pippo lo que el profesor venía pidiendo con insistencia. Un mes de descanso, hasta el 5 de agosto. Lo necesitaba, había dicho, para ir a Mar del Plata con sus hijos. A Díaz Aguirre le llamó la atención que Pippo pidiera quince mil pesos prestados, cuando acababa de cobrar sueldo y medio aguinaldo y se suponía que era un hombre cauto con el dinero. En esa misma fecha, Esteban Pippo, consiguió una licencia hasta el día 14, debido a una gastritis.

Ese día Oriel dejó a Julián en la casa de la Avenida Cantillo y se fue con sus otros hijos a Campana, a celebrar el cumpleaños de Denise. Viajaron en su Citroen verde. Oriel se veía bien, tranquila. Esa noche, hasta las 3 de la mañana, Néstor Romano estuvo con su amante, Doly Mabel Aguirre de Ciancio. No volvieron a verse.

EL 8 DE JULIO

Ese día, Oriel y los tres chicos regresaron de Campana. Dos años más tarde, Martina recordaría que su madre estaba nerviosa porque durante todo el viaje los había seguido una camioneta azul ocupada por un hombre y una mujer.

Ese día, Federico, su madre y su hijo Julián regresaron de Lobos, donde habían ido a pasar. Volvieron a la casa de la Avenida Cantillo, que habitaba ahora Angélica Romano de Pippo, en el Renault 12 que era de Federico, pero que conducía Esteban, porque el profesor no sabía manejar.

EL 9 DE JULIO

Ese día Alberto se levantó temprano, desayunó y dio un corto paseo en bicicleta. Pronto empezó a llover. Regresó, se bañó y salió en su auto para encontrarse con Oriel, como habían acordado. A las diez y media de la mañana, Norma Palacios, su mucama, le pidió a Oriel unos días de descanso. Ella le concedió toda la semana. Después se puso un piloto claro sobre su vaquero, su camisa de viela y su pulóver estilo Bariloche y salió a encontrarse con



Mensi. Comieron un sandwich en la costa, junto al río. Pasearon. Ella le mostró su escuela primaria, y, por fin, entraron en el hotel Waikiki, en Gutiérrez. Estuvieron allí hasta las siete de la tarde. Luego él la acompañó a buscar el Citroën y, de ahí, a la Avenida Cantillo a buscar a los chicos. Pero allí no había nadie. Oriol decidió esperarlos en casa de Millicent, donde vivía.

Ese día los chicos se habían peleado varias veces entre sí y después de varias idas y venidas, los Pippo se fueron, todos, a La Plata, donde Federico debía visitar a su abogado, y a recorrer veterinarias en busca del loro que su hermano Esteban quería comprarse. A las nueve de la noche llegaron a la casa de Millicent, en la calle 7. Sólo Christopher quedó con su madre. Media hora más tarde, Mensi llamó por teléfono y ella le dijo que en ese momento no podía hablar, porque estaba bañando a su hijo. Volvió a llamarla una hora más tarde. Entonces hablaron del paseo de aquel día y se dijeron poco más, como siempre ocurre tras la fatiga de la pasión. Resolvieron hablar al día siguiente a las ocho y media. Luis Mensi jamás volvería a oír la voz de Oriol Briant.

EL 10 DE JULIO

Ese día, a las ocho de la mañana, Christopher Pippo Briant lloraba, solo, en pijama y descalzo, junto al portón de entrada de la casa de su abuela Millicent. Un vecino, Oscar Gutiérrez Eguía, que pasaba por allí con sus nietos, se acercó y escuchó que el niño balbuceaba la palabra "panadería". Gutiérrez Eguía supuso que la madre había ido a comprar pan. Después de un rato decidió entrar en la casa. La cama de Oriol estaba destendida y todo lo demás se veía en orden, incluidos documentos, llaves, dinero y cigarrillos. Sólo faltaba, a la vista, el camión. Mientras esto ocurría, Mensi había

llamado por teléfono. Lo atendió el vecino y el vidriero se hizo pasar por un alumno de apellido Martínez. Repitió la llamada una hora más tarde, cerca del mediodía. La misma voz le informó que Oriol aún no había regresado. Mensi salió a buscarla.

Ese día, a esa hora, en el barrio ya cundía cierta preocupación. Corría, todavía sorda, la voz de que Oriol había desaparecido. Gutiérrez Eguía llevó a Christopher a casa de su hija María Susana. La mucama de ésta era hermana de la muchacha que trabajaba en casa de Oriol. Se comunicaron con Denise. A las cuatro de la tarde las dos hermanas, por pedido de Denise, averiguaban en la casa de la Avenida Cantillo si Oriol estaba allí. Otra vecina, Graciela de Sarli, había entrado antes en la casa con la mucama de Oriol. Observó lo mismo que Gutiérrez Eguía. Todo estaba en orden y sólo faltaba el camión.

Ese día, según los Pippo, ninguno de ellos (Federico, Esteban, Angélica y los tres chicos) abandonó la casa de la Avenida Cantillo, en donde permanecían desde las diez de la noche anterior. A las cinco de la tarde salieron a comprar botines y camisetas de rugby para Tomás y Julián y el esquivo loro para Esteban. A las ocho de la noche pasaron por la casa de Millicent para mostrarle las compras a Oriol, pero no la encontraron ni a ella ni a Christopher. El hermanito estaba en la casa de Gutiérrez Eguía; nadie podía hacerse cargo, pues Millicent visitaba a una hermana en Inglaterra. Había comunicación en el barrio. Oriol Briant estaba desaparecida.

Esa noche, a las nueve, Federico Pippo hizo la denuncia del abandono del hogar por parte de su esposa en la Jefatura de la policía platense. Lo atendió el subcomisario Carlos María Gutiérrez Eguía, pariente del vecino de Millicent. Desde allí, Pippo se comunicó con el comisario inspector Díaz Aguirre, su superior. Díaz Aguirre le recomendó que hiciera la denuncia en la comisaría de City Bell,

pero no pudo evitar que dos cosas le llamaran la atención: Pippo hablaba de Oriol únicamente en tiempo pasado; y, además, mostraba un interés obsesivo por saber qué pasos seguiría la investigación policial.

Ese día, Mirta Susana Córdoba de Rabayrol recordó algo que luego le contaría al juez. La noche anterior, a las 23, cuando regresaba a City Bell, pasó con sus hijos frente a la casa de Millicent Briant y vio detenido junto a la puerta un automóvil rojo, que podría haber sido un Valiant, con patente terminada en 17. Otro coche, color verde oscuro, en el que había un tipo de cara rellena y bigote delgado, vestido con saco y corbata, alguien que ella reconoció como Esteban Pippo cuando vio su foto en los diarios, estaba detenido detrás. El fiscal, después, desestimaría este dato porque Mirta no pudo precisar el color exacto, verde o verde claro, del auto.

Ese día, según su esposa, Alberto Mensi salió temprano con rumbo a la vidriera y la noche anterior se había acostado a las diez y media.

Ese día Nilda Hostache estaba en Buenos Aires y no tenía la menor idea de qué estaba haciendo, ni dónde, su concubino Néstor Romano. El estaba en realidad en su casa de Lobos, diría después Romano interrogado por personal de la División Homicidios y Delitos Graves de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Hasta allí llegaron muy tarde en la noche su tía Angélica y su primo Esteban. Venían, dijo, en el coche de Federico y traían a Oriol, que vestía un camión y un piloto. Iba descalza y parecía drogada o algo así. La llevaron hasta el antiguo stud, en donde se guardaban los muebles, y le pidieron que le permitieran tenerla un tiempo allí. Era "un programa" le dijo Esteban con un guiño de ojos. El les rogó que se la llevaran, no quería flos. La cargaron otra vez en el auto y partieron bajo la lluvia. Dijo que se sintió aliviado. Ya no estaba dispuesto a hacer nada más por aquellos parientes. Después de estar detenido e incomunicado, el 20 de setiembre, Romano negaría todo por consejo de su abogado. Dijo que su relato fue un invento que pergeñó porque los policías lo asustaban. Ni siquiera conocía a Oriol, dijo. Y él había estado, en verdad, con su amante, Mabel de Ciancio. Pero ella lo negó.

EL 11 DE JULIO

Ese día Federico Pippo se entrevistó con el comisario inspector Díaz Aguirre y le dijo que temía que Oriol hubiese sido llevada contra su voluntad. No conocía enemigos de su esposa, aunque esa misma mañana Denise le había contado que Oriol tenía un amante, un hombre mayor que ella. Lo había hecho mientras se dirigían a presentar un recurso de *habeas corpus* en el Juzgado en lo Penal Nro. 2, donde los atendió el Juez Julio Desiderio Burlando junto a su secretario Humberto María Mazitelli.

EL 12 DE JULIO

Ese día, antes de que venciera su licencia, Esteban Pippo obtuvo, como su hermano, treinta días de vacaciones.

Ese día, Alberto Mensi fue detenido por sospecho. En la bagueta de su Renault 12 se encontró un cuchillo, una pistola automática Bersa calibre 22, nueve proyectiles sin usar y trapos sucios. Antes de ser trasladado a La Plata, tomó el cuchillo y, en un descuido de sus custodios, apoyó el mango contra la pared y se inclinó sobre el filo. Gritaba que se quería matar. Logró herirse en la tetilla derecha.

Después, cuando amainó su angustia, declaró que usaba el cuchillo para cortar fiambre y que la pistola había sido disparada una sola vez, para probarla, en los ocho años transcurridos desde que la compró. Estuvo cinco días incomunicado y recuperó su libertad. Al día siguiente de que él fuera detenido y de que se hiciera con el cuchillo apareció el cadáver de Oriol, la mujer a la que había tenido por última vez en sus brazos en la tarde del 9 de julio.

UN CRIMEN SIN DUEÑO

El 27 de septiembre de 1984 el juez Burlando, el único que por ese entonces no tenía confirmación del Senado, decretó la prisión preventiva de Federico Pippo, de su madre y de Néstor Romano. Los acusaba de privación ilegítima de libertad, homicidio calificado por alevosía y parentesco y, para Angélica y Romano, falsificación de documento público. Romano y los Pippo habían fraguado un contrato según el cual aquel les alquilaba un espacio para los muebles. Antes de eso, el geólogo Andrés Rodríguez determinó que la tierra encontrada en las medias de Oriol era similar a la de la casa de Romano. Adalberto Oneto y Pedro Bianchi —que defendió a los hermanos Schoklander y a Aníbal Gordon— eran los abogados del primo de los Pippo. También antes de dictarse la prisión preventiva, un allanamiento a la casa de la Avenida Cantillo permitió encontrar un bolso de Angélica Romano que contenía fotos pinchadas, talismanes, cruces gamadas y ajos macerados.

Para Burlando, Oriol había sido rapada del modo en que lo fue, sólo porque le había abierto la puerta a alguien conocido y había confiado en la cuxa con la cual se la llevarán. ¿Que mujer, si no, abre la puerta a un desconocido en plena noche de invierno vestida sólo con su camisón?

Y si nadie había comentado a Federico cómo estaba la casa, de qué modo pudo describirla él con tanto detalle como lo hizo al hacer la denuncia? El juez sospechó, además, de todo lo sospechable, en especial de las sugestivas licencias pedidas por los hermanos y de las denuncias por malos tratos que había hecho Oriol.

A Carlos Davis lo detuvieron el 30 de julio, cuando terminaba su examen de Griego II, con el que se recibía de Profesor Superior de Castellano, Latín y Literatura. Contó todo lo que sabía y sentía de Pippo y de Oriol. No le había dado el pésame al profesor, dijo, porque sabía que era el asesino. El 1.º de agosto Oscar Mario Salvi y Miguel del Pino se convirtieron en sus abogados. Su año era virgen, según comprobaron los forenses. Después de eso, pidió permiso para usar una beca que había ganado en la Universidad de Pennsylvania. Allí iba a vivir.

También el 1.º de agosto, la Policía partió en busca de Federico Pippo. No lo encontró en su casa, pero sí en la de su madre, en Lobos. El 25 de agosto se allanó la casa de Romano. Estaban los muebles y había tres vestidos de Oriol, que fueron reconocidos por Denise. Un médico forense que pidió anonimato, dijo que había signos inequívocos de que en ese lugar estuvo Oriol. Mientras tanto Federico había sido liberado tras un *habeas corpus* presentado por sus abogados.

Cuando resultó detenido de nuevo, él, su hermano y su primo fueron enviados a la cárcel de Olmos. En su casa, nuevamente allanada, nada había de interesante, apenas una docena de gansos, gallinas, un gato y dos perros pequesines. Romano salió en libertad bajo fianza de 50 mil pesos argentinos el 22 de octubre. Sus abogados le aconsejaron casarse con su concubina para que ella no siguiera declarando en su contra. ¿No es eso lo que quiere

toda mujer, casarse?

La vida de Federico en la cárcel era matizada cada tanto por algún incidente. En noviembre de ese año, él, su madre y su hermano se negaron a entrevistarse con los psicólogos policiales. En julio de 1985 fue sancionado por no querer entregar una cadena que llevaba al cuello y por amenazar a los carceleros.

El 5 de septiembre de 1985, cuando iba a cumplirse un año de prisión preventiva, habría una sorpresa. El hombre encargado de acusarlo, el fiscal de primera instancia Bruno Castellier, pidió el sobreseimiento provisional de toda la familia. Le habían solicitado que se expediera en tres días y consideraba que eso era imposible e intolerable. No se había profundizado la investigación para encontrar pruebas demolidoras y, sin eso, sólo le quedaba pedir el sobreseimiento. Daba a entender que había sido prácticamente obligado a ello. Todos los elementos en que Burlando fundaba sus sospechas eran para Castellier endebles. A su juicio nada estaba suficientemente comprobado. Por último, aunque la tierra de las medias fuera de la casa de Romano, no se sabía de qué parte de la casa.

Doce días más tarde, el fiscal de segunda instancia, Julio Raimondi, se solidarizó con su colega. Agregó la invalidez de lo declarado por Charly porque a éste y a Pippo los unía una relación sentimental, cuestionó la tardanza en declarar de Rabayrol y destituyó la declaración de Romano porque la había hecho estando incomunicado y ante policías no autorizados para interrogarlo.

Sin acusación, ¿de qué se podía culpar a los sospechosos? El 18 de septiembre de 1985 los tres hombres abandonaron la cárcel de Olmos y Angélica Romano la Unidad Carcelaria No. 8 de Mujeres. La causa estaba sobreseída provisionalmente. En el cementerio de La Plata yacía el cadáver de una mujer rubia que había sido bella, sensible, sencilla, ingenua. La habían matado dos años antes, pero no había asesinos.

SOLO EL TIEMPO NO TIENE APURO

En los meses que siguieron, Denise Briant, con una tozudez que nacía del dolor y de la impotencia, no cesaba de asegurar que el de su hermana había sido un crimen pasional y que ella conocía al asesino. El 2 de diciembre de 1986 la causa se reabrió y el abogado Bianchi pidió que ella especificara su acusación. La mujer sólo pudo decir que se trataba de una intuición.

Para Federico Pippo la vida jamás sería como antes. Había perdido paulatinamente todos sus trabajos, menos uno en la Escuela Normal No. 1, de La Plata. Era obvio que nadie, y menos un instituto de enseñanza, quería tener entre los suyos a un sospecho de asesinato, por mucho que alegaran los fiscales. En la cárcel le había parecido que vivía dentro de *El desierto de los tártaros*, la novela de Dino Buzzati, donde el tiempo transcurre mortificante, sin que nada ocurra. Fuera de las rejas, había menos lugar para las metáforas. Sin dinero, empezó a vender sus bienes. Las versiones periodísticas y las murmuraciones de la gente seguían atribuyéndole vínculos algo más que labo-

rales y burocráticos con la Policía. En los años sangrientos, y en la Universidad, había sido fiel informante susurrando algunos. Y sobre el rumor se edificaba la deducción: acaso por eso había encontrado una justicia benigna.

Mientras tanto él y los chicos, cuya tenencia judicial obtuvo en noviembre de 1985, comían arroz, fideos y polenta. Los colegios privados donde sus hijos estudiaban los becaron para que no perdieran los estudios. Ya habían perdido a su madre y eso era más que suficiente.

El 12 de agosto de 1988, cuatro años después del crimen, Gascon Cotti, el abogado de los Briant se mostraba creyente. Su credo: el poder de la conciencia. "La verdad tiene una fuerza capaz de superar los vaillajes

para impedirla", decía. "Opera subjetivamente, como arrepentimiento, dolor moral, angustias y miedos. Objetivamente, es muy difícil que más de una persona pueda ocultar la verdad. Los participantes de actos deleznales como éste pierden hasta la virtud de la consecuencia. Entre ellos no hay ley moral. Estos pactos espurios son los primeros que se violan."

Han pasado más de siete años desde el crimen. En ese lapso se olvidaron para siempre algunas versiones febriles, absurdas, de esas que suelen sobrevalorar como moscas sobre los cadáveres frescos. Alguna decía que a Oriol la habían matado para filmar su crimen y vender la película en el mercado norteamericano del sado-en-vivo. Otra, que había sido un asesinato montado como parte de un ritual de la Secta Momo. Los viejos policías lo saben: las razones de los crímenes suelen ser más simples de lo que se cree; y los autores, más cercanos y más parecidos a cualquier ciudadano común.

Hoy, Néstor Romano sigue en Lobos, casado con la mujer que le dejó la necesidad de evitar una declaración inoportuna.

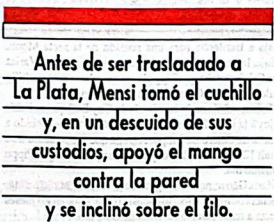
De Esteban Pippo se sabe que hace poco un obrero panadero de Lobos lo denunció por haberlo secuestrado, golpeado y echado del pueblo. El hombre lo acusó también de manejar el juego clandestino y la prostitución en la zona.

Federico Pippo vive con su mamá y sus hijos varones: Martina, su hija, prefirió ir a vivir con Denise y Millicent Briant en Campana. De ellos, sólo Tomás, el mayor, a veces lo enfrenta. Un día, Pippo mismo lo admite, Tomás le dijo:

—Si tuviste pelotas para hacerlo, ¿por qué no prendes el gas y nos matas a todos?

La casa de la Avenida Cantillo ha envejecido y se ha deteriorado en estos años. Sólo los animales parecen cómodos en ella. Pippo ha envejecido también. Da la impresión de depender de su madre. Esa mujer de la que se alejó cuando se casó con Oriol. Esa mujer que ahora deambula, barre y observa en silencio, con cara hosca y mirada desconfiada.

Si el cuento de hadas tiene moraleja, quizá ésta sea que no siempre las princesas vienen felices y comen perdices. O que no es bueno ser el principal sospecho del asesinato de la propia esposa. O, en fin, que jamás hay que hacer un alto en la ruta si se trata de un viernes 13.



Antes de ser trasladado a La Plata, Mensi tomó el cuchillo y, en un descuido de sus custodios, apoyó el mango contra la pared y se inclinó sobre el filo.

OPTIMISMO

1971 4 de febrero. Federico Pippo (30) se casa con Oriol Briant (24).

1981 Enero. Pippo realiza un viaje de un mes a Europa, Egipto y Turquía con Charly Davis, un alumno suyo. Oriol prefiere quedarse. Según Charly, Pippo lo quiere pero en forma "platónica". Ambos negarán más tarde contacto sexual. Pippo, no obstante, admitirá una relación homosexual a los 14 años.
Diciembre. Lía Galán organiza una fiesta en el hogar de Pippo y Briant, sito en Cantilo entre 22 y 23, City Bell. Lucrécia Eckert declaró más tarde que Pippo le ofreció cigarrillos de marihuana. Por su parte, Davis acusó a Galán de haberseles ofrecido a él y de conseguir la droga. En la fiesta, Pippo se emborracha y se descompone. Según Davis, Pippo toma anisólicos con bebidas alcohólicas.

1983 Enero. Pippo viaja a Bariloche para una reunión de la secta Moon. Después de ese viaje, las peleas de la pareja se tornan habituales. Varias personas dirán que Oriol contaba que Pippo la amenazaría con un cuchillo y que había llegado a violarla. Oriol recurre al abogado Luis Salessi.
7 de abril. Oriol Briant señala en la comisaría de City Bell que se había ido junto a los hijos a la casa de su madre —calle 6° N° 636— debido a la violencia y la falta de dinero de Pippo. Agrega que Pippo cedió a su hermano un Renault 12 azul metalizado que ella usa para trabajar. Pippo la desmiente el mismo día.
25 de abril. José María Gárriz, nuevo abogado de Oriol, presenta demandas por divorcio y tenencia de hijos. Alberto Mensi afirmó que en los meses siguientes comienza a tener relaciones sexuales con Oriol.
26 de setiembre. Varios muebles de comedor del ex hogar conyugal —donde seguía viviendo el profesor— son mudados al ex estudio de la casa de Néstor Romano, primo hermano de Federico. Angélica Romano de Pippo, el policía Esteban Pippo —madre y hermano de Federico— y Romano dirán más tarde que el profesor no estaba enterado del hecho. Los Píteros Hugo y Héctor Vera atestiguan que Federico estaba al tanto de la mudanza, pero confundían el mes en que la misma se realizó.

1984 Abril. Según Davis, Pippo le anuncia que había pagado 100.000 pesos para que mataran a Oriol y que le resta abonar una cifra igual.
2 de julio. Oriol denuncia el robo de dinero y joyas de la casa de su madre.
7 de julio. Federico Pippo obtiene una licencia de un mes en la Policía. En esos días, Esteban pide también licencia hasta el día 14.
10 de julio. A la mañana, Christopher, el hijo menor de Oriol, sale llorando de la casa de la calle 6. Oriol no está. Un vecino recoge al niño y encuentra dos camisas desmenuzadas y el resto en orden. Ante el juez, Romano revelará que esa noche Esteban y Angélica llegaron a su casa con Oriol drogado y que él les pidió que se fueran; dirá también que lo torturaron mentalmente. Mirta Córdoba de Rahayrol indicará que a las 23 del día 9 vio a Esteban merodeando la casa de la madre de Oriol en un Renault 12 verde y otro coche con dos hombres apostado frente a la casa.
12 de julio. Mensi, sospechado, intenta suicidarse con un cuchillo.
13 de julio. Se descubre el cadáver de Oriol en el kilómetro 75 de la ruta 2. Presenta 11 heridas profundas y vitales de arma blanca, una veintena de cortes leves vitales y post-mortem, un balazo vital en la mandíbula y otro post-mortem en un muslo. La única herida defensiva está en un dedo. El cuerpo tiene un par de medias celestes. Por esos días, Romano firma con la madre de Pippo un contrato de alquiler por el estudio con fecha anterior al asesinato. Romano confesará que en el acto estaba presente Federico.
1° de agosto. Se apresaa a Federico Pippo, quien es liberado el 16 del mismo mes luego de que su abogado interpona un recurso de hábeas corpus.
25 de agosto. Se descubren en el estudio de Romano los muebles del ex matrimonio y algunos vestidos de Oriol.
31 de agosto. Se determina que las medias de Oriol contienen tierras y partículas de plomo similares a las de la casa de Romano.
Setiembre. Los diarios informan que en un bolso de Angélica se descubren elementos de brujería como fotos pinchadas. El curandero Guillermo Almada declara que Angélica le había solicitado que "le hiciera un daño" a Oriol. La señora niega conocer al curandero.
27 de setiembre. El juez Julio Buriasco dispone la prisión preventiva de los dos hermanos Pippo, de su madre y de Néstor Romano. Para él, el primo de los Pippo dejó entrar a Esteban con su madre y Oriol.

1985 5 de setiembre. El fiscal de primera instancia, Bruno Casteller, solicita el sobreseimiento provisional de los acusados. Afirma que el estudio en las medias fue mal realizado, que la confesión de Romano es ilegal y que el testimonio de Rahayrol deja dudas en cuanto al color del coche donde habría estado Esteban Pippo.
17 de setiembre. El fiscal de cámara Julio Ramondini respalda a Casteller. Al día siguiente, los acusados quedan libres.

1988 28 de setiembre. Se comunica el sobreseimiento definitivo.



Por
Mauricio
Cohen
Salama

En el film *Crímenes y pecados*, Woody Allen nos presenta a un médico prestigioso que decide mandar a matar a su ex amante para que ésta no le cause problemas con su familia legal. Cometo el crimen, el doctor del film queda algo angustiado, incluso llega a dar un paso en falso cuando relata al personaje encamado por Allen, un fracasado de buenas intenciones, la historia del asesinato. Pero su interlocutor no lo toma en serio. En seguida, se acerca la esposa del Doctor, a quien éste besa con ternura y ambos parten.

Para quien se interesa en estos asuntos, la obra de Allen aparece como la contracara de *Crímenes y castigo*, la famosa novela de Dostoiévsky en la que el protagonista comete un crimen que luego no puede soportar y sólo en la confesión y la cárcel encuentra la manera de rehacer su vida que, según nos presenta el novelista, no está del todo perdida.

El profesor Federico Pippo es un hombre que resulta más antipático que el doctor de Allen o que el estudiante de Dostoiévsky. Se trata, según fuentes confiables, de un ex informante de la Policía que perdió el rumbo de tanto afanarse por intentar calmar una insatisfacción crónica y descamada. Y sin embargo, el asesinato de su ex mujer, del que no llegó a ser imputado, lo ha dejado deshecho.

Pippo vive con su madre, una anciana bajita y silenciosa que parece rumiarse su desdicha, en la misma casa que compartía con Oriol. Allí, ambos han hecho lo posible para que el tiempo quede detenido. El Renault 12 que usaba la familia, estacionado y cubierto de tierra en el garage, está parado desde hace años ya que ni Pippo ni su madre saben manejar. El living conserva los muebles, tapices, adornos, juegos de té y de platos que le gustaba comprar al matrimonio, pero todo está como abandonado, desvencijado, ganado por el desorden. Ese living está siempre en una penumbra amari-

lla, provocada por las bombillas eléctricas; allí dentro no dejan que se filtre la luz del día.

—¿Por qué no arregla todo esto, Pippo?—le pregunté durante una prolongada entrevista cuyas partes más interesantes se publican en este número.

—Y qué quiere —me dijo—, cuando uno no tiene guita no puede hacer nada y las cosas se le rompen y no las puede arreglar y todo se le viene abajo.

—Y por qué no vende algo de lo que tiene?

—Por los chicos, por la madre, porque no quiero que me digan que vendí las cosas que eran de la madre.

Quizá nunca se pueda establecer con total certeza quién mató a Oriol Briant. Resulta sin embargo fácil de comprobar que Federico Pippo, la única persona a la que se pudo atribuir un motivo para cometer el crimen, vive como si estuviera en deuda, como si necesitara repasar, día a día, el itinerario que precedió la irrupción de la muerte. Y la penitencia no le resulta fácil. "Estaba mejor en la cárcel", confiesa decepcionado.

Entre el estudiante de Dostoiévsky y el doctor de Allen media más de un siglo, lapso en el que el mundo, abarrotado de razonamientos y fórmulas, se ha transformado a un ritmo inusitado. Las diferencias entre los dos personajes de ficción parecen reflejar en el plano de la moral esta vertiginosa evolución. Mientras el personaje de Dostoiévsky no tolera la culpa, el de Allen convive con ella y, hasta donde el film nos lo muestra, sólo lo perturbaban desvaríos pasajeros a los que hace frente dominándose a sí mismo tal como ha aprendido a dominar la materia.

Sin embargo, la situación de Federico Pippo, un hombre de carne y hueso que fue parte de una represión ilegal y despiadada, parece indicar que los hombres, más allá de que la soberbia pueda empujarlos en cualquier dirección, siguen en alguna instancia apegados al "no matarás" y cuando, por el motivo que sea, consideran que han pasado ese límite, se sienten desgraciados.

En Radio Municipal **Alfredo Kraus y Tarragó Ros**

Cuando sale el sol, un programa
preparado por Antonio Tarragó Ros;

después del crepúsculo,
Alfredo Kraus cantando Werther.

Esto es un día cualquiera en
Radio Municipal:
desde el Teatro Colón y desde
nuestros estudios, sólo

la mejor música,
la de Jules Massenet y
Tránsito Cocomarola, por ejemplo.

FM 92.7

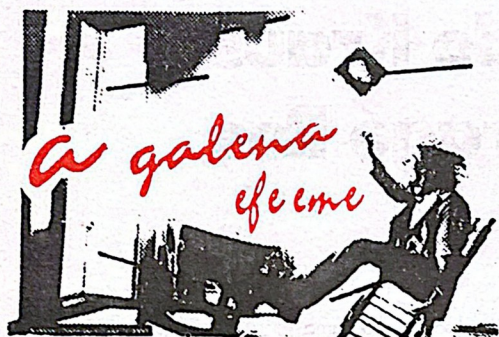
AM 710

LSI RADIO MUNICIPAL

Cada día, 48 horas de buenos aires musicales

Subsecretaría de Comunicación Social

Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires



Autorización Pat. COMFER 1504

94.5 MHz

Montevideo 557
Córdoba (5000)
Tel. 240437

EN BAHIA BLANCA



De La Calle
88.1 MHz

Una radio como la gente,
con una programación
alternativa.

TE: (091)-512108

PENSAMIENTO JURÍDICO EDITORA

Talcahuano 481 2° Piso - 1013 Capital
Tel: 35-9116/1652

NOVEDAD

Jurisprudencia Criminal Plenaria

"Actualización de Fallos Plenarios Penales"

Por los Dres. Guillermo R. Navarro - Pablo M. Jacoby

• Jurisprudencia de los tribunales colegiados nacionales y provinciales en pleno, en materia de Derecho Penal y Procesal Penal, con referencias a su vigencia según las reformas legislativas y cambios jurisprudenciales. I tomo

Códigos

- Código Penal de la Nación Argentina y Leyes complementarias.
- Código de Procedimientos en Materia Penal, Ley 22.353. Comentado.
- Código Procesal Penal de la Pcia. de Buenos Aires y Legislación complementaria.
- Código Procesal Civil y Comercial y Procedimiento Laboral de la Pcia. de Buenos Aires, concordado con el Código Proc. C. y Com. de la Nación Argentina.
- Código Procesal Civil y Comercial de la Nación Argentina y Leyes complementarias, concordado con el Código Proc. C. y Com. de la Pcia. de Buenos Aires.
- Código de Procedimientos en Materia Penal, comentado y anotado con Jurisprudencia. I. Tomo.

FLORES, EL GITANO

JUAN MADRID

"La ciudad no tenía horizontes. Hasta lo que alcanzaba la vista, los edificios recortaban el cielo negro en un bosque interminable de masas oscuras, salpicadas de luces y puntitos dorados. Líneas discontinuas trazaban caminos entre la maraña de edificios comerciales que...

JUAN MADRID
FLORES, EL GITANO



SERIE BRIGADA CENTRAL

En librerías y quioscos a \$35.000.-

EDICIONES

B

interiores

Cuaderno Trimestral de temas humanos

INTERIORES: Idea y dirección: Sergio Sinyo

El crimen perfecto

ENTREVISTA A UN EX ALUMNO

Federico Pippo dictaba Literatura Española en la carrera de Historia del Arte de la Universidad de La Plata. Por distintos motivos, entre los cuales se destacaba la represión ilegal dispuesta por el gobierno de entonces, asistían a sus clases dos discípulos. Uno de ellos era Fernando Bustillo, hoy artista plástico y restaurador de obras de arte. También alumno de Oriel Briant, Bustillo tenía todas las características que podían

atraer al profesor: juventud, inteligencia, dinero y apellido. Al poco tiempo de conocerse, alumno y profesor entablaron una amistad en la que abundaron visitas, salidas y fiestas.

"Aquellas clases se convirtieron casi en coloquios. Yo leía mucho, y estaba sumamente interesado en temas de la cultura. Esa fue la razón de que me acercase a Federico y a Oriel. Sin embargo, llegué a ir a la casa de City Bell —por aquella época mucho más claramente que ahora un asentamiento de la colonia inglesa—, sólo tres o cuatro años después," dice el ex alumno de Pippo.

Después de la ruptura del matrimonio, Bustillo veía con frecuencia a Oriel, con quien trabajaba, ya como docente, en la Universidad. La describe como una mujer alta, llamativa, grandota, siempre muy pintada. "No me parecía linda —recuerda—, era algo así como una vikinga. Lo que es verdad es que no podía pasar desapercibida".

"Cuando Oriel hablaba de su separación —asegura Bustillo—, no manifestaba animosidad.

Simplemente, como tantas mujeres en la misma situación, contaba las dificultades que encontraba en la crianza de los hijos estando sola. No hubo ningún cambio notorio en su estilo de vida. Su relación con Mensi —aunque yo no lo conocía— me parece algo natural. No sería, seguramente, la única proposición que recibió luego del fin de su matrimonio."

"Todos sabíamos que Federico tenía un *piéd à terre*, un *bullin* como se dice vulgarmente, en Buenos Aires —indica Bustillo—. Se había vinculado con un grupo de literatos entre los que estaba Elvira Orphée. Estaba muy orgulloso de eso. Pasaba casi todos los fines de semana solo en la Capital, aunque a veces viajaba con su mujer. Ella no podía acompañarlo porque tenía que ocuparse del cuidado de los hijos, que eran por ese entonces muy chicos."

Bustillo recuerda que el vínculo entre Charlie Davis y Pippo era muy intenso. "Como diría Oscar Wilde —dice— era «un amor que no se atreve a decir su nombre». Desde afuera se los veía como a una pareja de un joven y un señor, una relación con un alto componente gay. No puedo asegurarlo, pero creo que esa fue la razón de la separación de Oriel y Federico".

A pesar de que se veía a menudo con Pippo, Bustillo no sabía que el profesor tuviera otro trabajo. "Me sorprendió muchísimo enterarme, después del asesinato, por los diarios, que Pippo trabajaba en la Policía —señala—. Yo era tal vez un poco ingenuo, y creí que cuando firmaban una declaración jurada citando otros empleos, los docentes de la Universidad lo hacían de buena fe. Después, leyendo el *Nunca Más*, me di cuenta de que si ocurrían esas cosas terribles, firmar un juramento en falso era lo de menos. Además, si Federico era policía, bien podía arreglar sus papeles. Sabía sí, que Esteban, el hermano, era acusado de pertenecer a un grupo de torturadores. Pero a pesar de que algunos parientes me lo dijeron antes, nunca sospeché que Federico fuera *buchón* de la Policía. Fue una versión muy difundida. Hay quienes aseguran haberlo visto *marcando* desde un auto."

Bustillo no tiene dudas de que Pippo sea un "hombre de derecha" aunque "la materia que dictaba permitía poner la suficiente distancia con

la realidad como para no tener que comprometerse con ninguna posición." Para su ex alumno, Pippo era un "arribista social". "Se comentaba que esa era la razón de que se hubiera casado con Oriel, y seguramente por esa causa se acercó a mí", reflexiona.

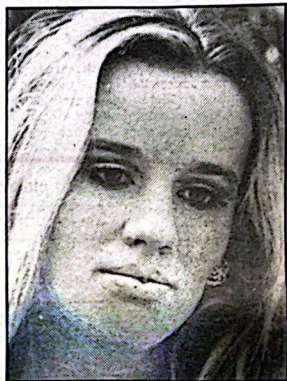
Bustillo cree encontrar la explicación de que Oriel hubiera aceptado el viaje de Pippo y Davis a Grecia "no en su liberalidad, sino en la resignación". Según él, se trataba

de "una mujer que se había mantenido subordinada a su marido, sumamente femenina, maternal." Federico, en cambio, era una persona que parecía "muy estructurada, pero que se desbordaba continuamente. En fiestas, alcoholizado, o bajo los efectos de alguna droga, era sin dudas un *sacado*... un tipo que a los cuarenta años había descubierto un mundo que desconocía. En su personalidad había cierta crueldad: alguien que le presenta a su esposa al jovencito con quien hará un viaje es un perverso."

"Hubo hipótesis que aventuraban que Pippo estaba vinculado al tráfico de drogas o de armas. Con Lía Galán —que ahora se ha casado y vive en La Plata— imaginamos en esa época que eso era posible. Su casa estaba llena de tapices y alfom-

bras costosas. Era la época de la *plata dulce*, es verdad. Tal vez habría que hacer el cálculo para ver si con los sueldos de docentes (ellos decían tener muchísimas horas de cátedra), podían solventar todo ese lujo, que para Oriel era natural, pero del que Pippo hacía ostentación permanente."

"¿Si creo que Federico es culpable de la muerte de Oriel? Puedo hasta pensar que estuvo presente, pero no que lo hiciera con sus propias manos —dice el ex alumno—. Tiene la sangre fría suficiente para presenciarlo o saber que tendría lugar, pero no como para cometerlo. Me lo imagino pensando: La Justicia no existe, por lo tanto, existe el crimen perfecto."



Oriel. "Era algo así como una vikinga"



Poco después de acusar a Pippo, Charlie Davis partió rumbo a los Estados Unidos.

Diecisiete indicios

ENTREVISTA AL ABOGADO DE LOS BRIANT

Los Briant eligieron como representante ante la Justicia a Alfredo Gascón Cotti, un veterano y prominente penalista platense. El abogado recibió a DyC en su despacho y en un tono prudente y mesurado, se refirió a las alternativas del caso. Gascón Cotti, quien aseguró que continúa investigando, admitió que aún cree que los culpables del crimen, tarde o temprano, serán aprehendidos. "El caso no está cerrado —asegura—, porque todavía no está

prescripta la acción penal."

—Doctor, el fiscal ni siquiera llegó a formular la acusación contra los Pippo. ¿Por qué?

—Aún cuando hubo elementos suficientes para una semiplena prueba que dio sustento a la prisión preventiva que se dictó contra algunos familiares políticos de Oriel Briant, no había indicio directo que lograra conformar lo que se denomina la prueba indiciaria plena. Si el fiscal hubiera

acusado, seguramente la sentencia habría sido absolutoria. Por eso, yo nunca critiqué al fiscal, ni al fiscal de cámara que adhirió al pedido de sobresimiento ni tampoco al juez Burlando, que decretó el sobresimiento provisorio.

—¿Cómo se procedió en la investigación?

—A muchos les parece extraño que cuando hay hechos de esta naturaleza se investigue a la víctima, pero no se la investiga como culpable, sino para descubrir qué situaciones conflictivas hay alrededor de ella. Esto permite llegar a la individualización de aquellos que pudieron haber tenido motivos para cometer el crimen. En el caso de Oriel Briant, surgen dos posibilidades. Una, que la causal haya estado entre sus relaciones familiares. Otra, la de los factores simbóli-

cos. Ella pudo haber sido utilizada para un sacrificio que generase una gran conmoción social, como símbolo destruido de algo. Se habló de magia negra...

—¿Pero qué indicios había?

—La forma en que fue muerta, a puñaladas, con ciertas puñaladas que pueden considerarse simbólicas hace pensar que la acción del o los autores del delito no era solamente provocar la

morte, sino una descarga de violencia sobre ella, o tal vez aparentar que el hecho respondía a un desborde emocional.

—¿Por qué dice "aparentar"?

—Un asesino frío pega un tiro en la nuca y se va. Cuando la muerte se genera en medio de una emoción intensa, generalmente hay una descarga de veinte puñaladas, se destruye en un rapto de desborde emocional. Es lo que se llama "emoción violenta". Entonces, lo

primero que se averigua frente a un cadáver en esas condiciones es con quién ha existido una relación afectiva que diera lugar a un accionar descontrolado. Pero a veces, el asesino frío, para despistar, mata del modo en que mataría un asesino desbordado. Hay elementos que nos per-



Denise, hermana de la víctima. En varias oportunidades afirmó que sabía quién era el asesino.

mitirán situar el conflicto en el campo de lo familiar. Pero se trata de un indicio indirecto. Antes, en las causales del divorcio se habían invocado cosas un poco inventadas. El marido, por ejemplo, admitía adulterio. Entonces, si alguno de los cónyuges resultaba muerto se iba al expediente y se creía encontrar una causa, pero eso no era real.

—¿Y el barro del stud de Romano descubrió en las medias?

—Bueno, eso fue un indicio bastante importante, un indicio de presencia. Pero ¿quién la mató? Precisamente hubo fuertes indicios, no en balde la familia estuvo un año presa. Porque la ley condena al que matare, por eso hay que llegar a la prueba directa, cierta, que condene al autor material de la muerte. Suponiendo que Oriel haya estado en poder de los Pippo, ¿estuvo tres días en poder de ellos? ¿cuál fue el itinerario? Porque, si hubiera aparecido muerta allí... pero el cadáver apareció a cien kilómetros de Lobos. ¿Quién la llevó?

—El primer testimonio de Néstor Romano admite que Esteban Pippo la llevó al stud...

—Sí, pero luego se rectificó.

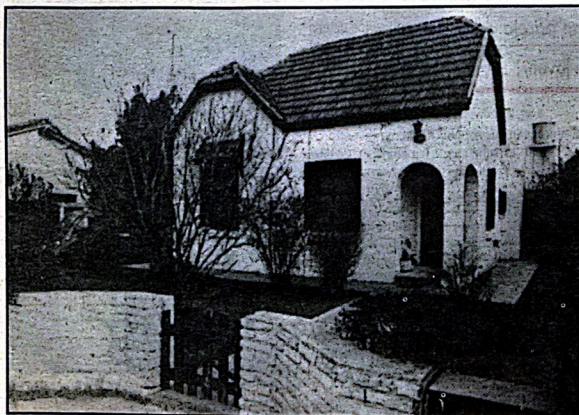
—¿Y la vecina de Oriel que dijo haber visto a Esteban Pippo merodeando en un automóvil la noche de su desaparición?

—Sí, todos esos son indicios de probabilidad. Hubo diecisiete, enumerados en el auto de prisión preventiva. Yo estuve en la diligencia de reconocimiento, incluso la persona señaló el automóvil, pero había un problema de confusión con el color, porque había sido de noche.

—Doctor, ¿piensa que el caso será resuelto alguna vez?

—Creo que hay que mantenerlo vivo, porque la conciencia de los responsables está trabajando permanentemente. Hace poco alguien me dijo que se trataba de un "crimen perfecto". Quienes han actuado aquí son imperfectos en grado de enfermedad y nadie que sea imperfecto hace algo perfecto. Yo pienso que alguno de los partícipes del delito que se exceda en la bebida, que tenga un problema de intereses con cualquiera de los demás o que esté cerca de la muerte va a dar un indicio. Porque es muy difícil que todos puedan soportar el peso de sus conciencias. Así que estoy esperando ese indicio esclarecedor, que alguien va a dar, no me cabe ninguna duda.

**"Yo pienso que alguno
de los partícipes del delito
que se exceda en la bebida,
que tenga un problema
de intereses con cualquiera de
los demás o que esté cerca
de la muerte va a dar
un indicio."**



◀ La casa donde fue secuestrada Oriel.

"Surgió el amor"

ENTREVISTA A PEDRO BIANCHI

Cuando fue detenido, Néstor Romano estaba en una situación comprometida. En su casa y stud de Lobos se habían hallado muebles del matrimonio Pippo y se comprobó que la fecha del contrato por ese depósito había sido fraguada. Además, las medias del cadáver de Oriel Briant tenían tierra del stud y el mismo Romano había confesado —aunque luego se rectificó

alegando haber sido amenazado— que Oriel fue llevada allí por su primo Esteban y su tía. Sólo un profesional con vasta experiencia podía conducirlo desde ese punto a la libertad.

Quientos cincuenta y tres casos de homicidio constituyen una trayectoria nada desdeñable. Y el doctor Pedro Bianchi, dueño de ese bagaje que incluye defensas tan polémicas como las de Aníbal Gordon, el clan Puccio y Ruffo (el integrante del Grupo de Tareas que se apropió de la hija de desaparecidos Carla Rutilo Artés) enfrentó con éxito el desafío.

—¿Cuál era la relación de Néstor Romano con los Pippo, les debía algo?

—No les debía nada. Él es primo hermano de los Pippo, tenían una buena relación pero había, sí, una disparidad cultural. Federico era profesor universitario y Romano se dedicaba a su stud, muy modesto, en Lobos.

—¿Es verdad que no había sido invitado al casamiento de Federico y Oriel?

—Es verdad. Y yo entiendo que no lo hayan invitado, conociendo lo que son los Briant, lo que pretendía ser Pippo y lo que son los Romano.

—¿Qué son los Briant?

—Son parte de una familia inglesa que se instaló en La Plata, con un alto prestigio cultural, aristocrático. Dentro de la colonia inglesa eran lo mejor que había en La Plata.

—Pasemos al tema de las medias, que es lo que incrimina directamente a Romano. Usted afirma que alguien las cambió.

—Ese "alguien" tiene nombre y apellido.

—¿Quién es?

—Paso a paso. Apareció Oriel Briant, muerta en condiciones sumamente ingratas, como lo fue, en manos de la mafia. Nadie entendía cómo esa mujer, con un apellido, una trayectoria y ubicación social en La Plata, podía estar vinculada con la mafia, porque el tipo de muerte que tuvo fue netamente mafioso. Se investigó a fondo y la policía especializada de la División Homicidios de Banfield se convenció de que los autores habían sido los Pippo y Romano. Entonces hicieron una cosa que es muy frecuente en la Argentina: primero se convencen de la culpabilidad y después conforman el expediente. Pero faltaba una confesión y una prueba instrumental. Y ahí estaban las medias. Alguien se tomó el trabajo de ir al stud de Lobos, mojó las medias en la plancha y en la tierra, las trajo y se hicieron examinar en la Facultad de Ciencias Exactas de La Plata. El resultado fue que esa tierra no se encontraba en cualquier lugar. Por tratarse de un stud, tenía excrementos de caballo y además, como Romano es plomero, contenía partículas de plomo. O sea que, si las medias tenían esos restos, ella debió haber

estado en vida allí.

—No es necesario decir que fue la Policía quien creó esas pruebas.

—Ah... eso lo dice usted, no yo. (risas)

—¿Y el testimonio de Romano entonces, afirmando que Oriel fue llevada por su primo Esteban y su tía Angélica?

—Al testimonio de Romano le faltaba una confesión. Aparentemente cuando estuvo incomunicado en la comisaría de Banfield, recibió apremios ilegales...

—¿Recibió apremios ilegales? El lo negó...

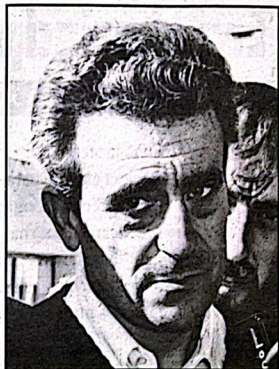
—No lo negó, fuimos directamente a la pericia médica y después no quiso proseguir porque tuvo miedo.

—¿Tenía miedo de la Policía, con dos primos y un tío en la repartición?

—También nosotros tuvimos miedo. Llegó un momento en que no estábamos defendiendo a un procesado, estábamos yendo contra un sector de la policía de la Provincia de Buenos Aires.

—¿El tan sonado matrimonio de Romano con su concubina, se realizó para evitar que ella declarase en su contra?

—(Bianchi se queda en silencio y sonríe). En ese momento había una audiencia en la que, si la mujer se retractaba salía procesada por falso testimonio y si ratificaba lo declarado, salía procesado Romano. Curiosamente surgió el amor entre ellos. Hacía veinte años que vivían juntos, y se casaron. Yo fui el padrino de matrimonio. Fuimos a Lobos, los casamos, después fuimos a la audiencia y le dijimos



Néstor Romano, dueño del stud de Lobos.

al juez: "señor, son marido y mujer; no pueden actuar uno en contra del otro". ¿Respondo a su pregunta?

—Totalmente.

—Los periodistas le preguntaban a Romano si yo le había dicho que tenía que casarse y él respondía "No, fue el comisario Fortunato de la División Homicidios, que me decía: 'Romano, arreglá tu vida' y yo seguí su consejo".

—¿Qué es de la vida de Romano ahora?

—Sigue casado con esa mujer, tiene su stud, sus chanchos, hace una vida un poco elemental pero inmensamente feliz, junto a una gran compañera.

—¿Cómo vivió el manejo de este caso?

—Fue un duelo jurídico, eso fue lo lindo. El mejor abogado de La Plata especializado en homicidios calificados es el doctor Gastón Cotti, que representó a los Briant. Yo, sin querer compararme con él, me considero hábil en el tema. Y nos enfrentamos. No se trata de que uno sea mejor que otro; se gana de acuerdo a las pruebas que se tienen. Al final, Cotti reconoció "Está bien, me habré equivocado, no habrán sido los Pippo pero voy a seguir investigando para saber quién fue."



En el centro, Nilda Hostache, flamante esposa de Néstor Romano se presenta a declarar. De a lado y a lado, el doctor Pedro Bianchi.

"Era el principal sospechoso"

EL ABOGADO DE LOS PIPPO

Llamó la atención en medios tribunales que Federico Pippo hubiera elegido para su madre, su hermano Esteban y para sí un estudio de abogados platenses que, hasta ese momento, prácticamente no había incursionado en lo penal. Pippo alega que "cuando uno no tiene nada que ver, le da lo mismo cualquiera", pero hay quienes afirman que la amistad del doctor Ricardo Bianchi con el entonces ministro de gobierno Juan Portes fue una razón de peso en la elección de la defensa. Apodado Bocha por amigos y defendidos, el corpulento abogado, acompañado por su socio Miguel Nicosia, contó a DyC los pormenores de un conflicto que empezó mucho antes de que el cadáver de Oriol fuera descubierto en un descanso del viajero de la ruta 2.

—Bianchi, ¿cómo entró en contacto con los Pippo?

—El doctor Miguel Nicosia y yo compartíamos por aquel tiempo un estudio en la que había sido mi vieja casona familiar, donde todavía vivían mis padres. Una tarde aparece el profesor Federico Pippo, que me viene a consultar por un divorcio. Le dije que si nos poníamos de acuerdo en los honorarios no tenía ningún problema en tomar el caso.

—¿Ustedes se habían dedicado antes al derecho penal?

—Nosotros hacíamos derecho penal, pero nos dedicábamos a figuras menores. Todavía no habíamos incursionado en el homicidio. Yo entiendo que el homicidio constituye dentro del derecho penal toda una especialidad. Con el resto de las figuras tiene la misma diferencia que puede tener, en lo deportivo, la caza menor y la caza mayor.

—De modo que usted conoce bien los entretelones del divorcio.

—Sí. Y este divorcio tuvo algunas particularidades interesantes. En una de las audiencias Oriol le hizo una serie de arrumacos, caricias, y tomó de las

manos a Federico Pippo en los pasillos mismos del Tribunal, y nos sorprendió mucho que ella incluso adujera que de la demanda no sabía absolutamente nada, que se la habían redactado los abogados, aunque es en general lo que ocurre en realidad: los artífices de las macabras causales son los letrados, el cliente se limita a relatar algunos hechos. Pippo nos dijo que sintió como si ella estuviera temerosa. Había dos aspectos en la actitud de Oriol. Por un lado, un querer volver a acercarse a él, tomarse esto no en el sentido literal de la palabra, el de un regreso a la convivencia, sino en el de una apertura cálida, amistosa y yo diría lúbrica con la seducción. Por otro, una retracción propia de quien vive una situación conflictiva interior que nada tenía que ver con Pippo.

(N de la R: Pippo da una versión diferente de este episodio. Asegura que Oriol "estaba igual que siempre", que no tenía miedo; también afirma que quería reanudar la convivencia, pero que él la rechazó.)

—¿Todo lo que se dijo sobre la vida personal de Pippo —que se drogaba, que tenía relaciones bisexuales, que trabajaba en la Policía— fue utilizado por Oriol en algún momento para presionarlo?

—Nosotros asistimos a Pippo en el juicio de al

mentos y en el de divorcio. La demanda de Oriol es tremenda por las cosas que dice, de alguna manera lo acaba de resumir usted. Es decir, en otras palabras dice lo mismo.

—¿Qué ocurrió luego de la muerte de Oriol?

—Cuando sobrevino la muerte de esta chica, que para Pippo resultó ininteligible, yo lo sondeé en varias oportunidades, porque como abogado, es mi deber saber la verdad para colocar a mi cliente en la mejor situación posible. Le dije que él iba a ser el principal sospechoso y él sostuvo que no tenía nada que ver, insistió en que no tenía vinculación de ninguna especie.

—Pero, ¿qué elementos tenía usted para prever esa situación?

—Muy fácil. En una situación de divorcio, donde se pueden detectar conflictos e intereses encontrados, sumado eso a un tipo de vida particular que llevaba esta muchacha, podían hacer pensar que el marido o un tercero habían decidido sacársela de encima. No era nada descabellado. Pippo quiso seguir adelante con nosotros. De manera que día tras día, comenzamos a devorar libros y jurisprudencia queriendo ser, de la noche a la mañana, por lo menos competentes en el tema...



Mensi, el vidriero

La vidriería de Alberto Mensi, el amante de Oriol Briant, continúa allí, a escasos veinte metros del chalet donde viven Federico Pippo, su madre y sus tres hijos menores. Su propietario murió a consecuencia de un ataque al corazón, hace algo más de un año. En ese momento, Mensi vivía con su nueva pareja, una mujer joven, morena, también de City Bell, con la que tuvo dos hijos. Su matrimonio anterior, con María Cristina Loguio, con quien había tenido una niña de siete años, no pudo sobrevivir al escándalo provocado por el caso.

En 1984, Mensi había intentado quitarse la vida con un cuchillo en el despacho del jefe de la Brigada de Investigaciones; "estaba nublado, con la mente en blanco, desesperado", explicó. Después, durante una de las escasas entrevistas periodísticas que concedió, el hombre recordó su romance con Oriol. "Ella era una gran mujer. Era muy amplia, hablábamos de todo un poco. Hasta de fútbol solíamos conversar. Alguna vez pensamos en casarnos, se pensaba en el futuro", dijo. En apariencia, la mujer que había convivido más de diez años con las pretensiones y la grandilocuencia de Pippo había encontrado refugio en un hombre llano, tranquilo.

Con respecto a la posibilidad de que Oriol hubiera tenido otras relaciones amorosas, el vidriero aseguró que ponía "las manos en el fuego por ella en ese sentido. Porque la conocía y porque nuestra relación fue buena". Mensi relató que, antes de ser amantes, él y Oriol eran "amigos del barrio. Yo conocía a su hermana, a sus hijos, a su madre. Después, el tiempo hizo el resto". "No nos veíamos mucho —señaló—. Lo hacíamos cautelosamente. Yo trabajo hasta las veinte y ella tenía sus ocupaciones. No había mucho tiempo para verse". En cuanto a Federico Pippo, señala que apenas se habían saludado dos veces. "Era antipático —dice—. Eso le puede decir el barrio. Nosotros éramos los grasas, los negros. El nos traía, sus langostinos, su champaña, sus alfombras. El barrio no existía para él".

Mensi aún no extrañaba a Oriol. "¿Sabe qué pasa? —explicaba— para mí aún está viva. Tengo la duda porque no pude verla muerta, no pude llorarla. Ella tenía un poco de miedo. El marido. Más que miedo, sentía terror."



La madre, Angélica Romano de Pippo.

Varias hipótesis

Las teorías que se barajaron sobre el asesinato de Oriel Briant fueron numerosas y contradictorias. Casi todas, sin embargo, carecen de sustento.

Se destacó en su momento la pertenencia de Federico Pippo a la Iglesia de Unificación Asociación para la Unificación del Cristianismo Mundial o Secta Moon. El mismo Pippo aceptó haber participado en dos reuniones de los moonies, una en el Hotel Libertador y otra en el cerro Catedral, en Bariloche. Sin embargo, un examen de las actividades de la secta, fundada por el coreano Sung Myung Moon, no indica la vinculación de ninguno de sus miembros con hechos de sangre de las características del crimen de la profesora de inglés de City Bell.

Se dijo también que el asesinato había sido filmado para su venta en el circuito de películas pornográficas de los Estados Unidos. Para avalar esta posibilidad, se habló de un avión caído en Bolivia, en el que viajaba Marion Davis—mujer de un diplomático norteamericano con destino en Paraguay que llevaba el film consigo—, de un ex coronel de las SS alemanas representante en la Argentina de la mafia porno, y se llegó a mencionar que la película abría y cerraba con citas latinas. Se dijo que Pippo había pagado el asesinato de su mujer permitiéndole su filmación y que el encargado de la transacción había sido Charly Davis, al que se imaginó pariente de la mujer del funcionario estadounidense. Muchos otros nombres fueron mencionados, pero finalmente, la investigación solicitada por el fiscal Bruno Castellari a pedido del representante de los Briant, Alfredo Gascón Cotti, quedó en agua de borrajas.

En realidad, el origen de esta versión fue una especulación del ciudadano alemán Juan Emde, domiciliado en la zona Norte del Gran Buenos Aires. Emde acudió a la oficina de Gascón Cotti y le relató que una alternadora del cabaret King's le había contado que tuvo acceso a fotos del crimen de Oriel. Emde, según sus propias palabras en un reportaje concedido a *La Nación* el 30 de agosto de 1985, supo la verdad "por deducción".

Los ritos mágicos no estuvieron ausentes de la lista de hipótesis. En diciembre de 1987, Gascón Cotti comunicó a la prensa que el baqueano Antonio Moguellar, que había colaborado con la Policía en otros casos, había descubierto cerca del lugar en que habían sido hallados los restos de Oriel una estatilla "con una cara con rasgos totalmente diabólicos y un altar". Había también un tapado de piel negro, una bombacha y un par de zapatos rojos, además de algodones con sangre. El mismo baqueano, negó luego haber hecho ese hallazgo. Por otra parte, no se pudo establecer una vinculación, ni siquiera indirecta, entre los extraños objetos encontrados y el crimen.

"Oriel parecía feliz"

UN AMIGO DE LOS PIPPO



mi no me gusta ser botón. Hay cosas que no dije a la *cana* cuando me tocó declarar, así que tampoco las voy a comentar ahora." Con estas palabras recibió a DyC un ex amigo de los Pippo que pidió se guardara su nombre en reserva. "El era un buen bailarín —recordó esta persona antes de responder a la preguntas del cronista—, lo ayudaba la figura. Me contaron que de soltero iba a los bailes del Jockey Club y tenía éxito con las

chicas. Ella se vestía bien, no con lujo o siguiendo modas, sino mostrando buen gusto. Era muy bonita..."

—¿Cómo conoció a Federico?

—Yo salía con una alumna de Oriel. En 1980 o 1981, esta chica decoró una discoteca y me presentaron a la pareja durante la inauguración. Nos hicimos amigos.

—¿Cuándo los veía?

—Los Pippo solían invitar amigos a su casa. Pasaban cassetes como *Odas*, de Irene Papas y música de Pink Floyd. Los encuentros duraban hasta eso de las cinco de la mañana. Se hacían viernes o sábados a la noche.

—¿Pero Pippo no trabajaba los fines de semana en la Policía?

—No creo, me parece que era un *hípoqui*.

—¿Cómo eran las reuniones?

—Pippo se convertía en el centro, aunque no conociera a nadie. Por eso tenía muchos amigos. Hablaba de culturas lejanas, de las obras griegas. Para opinar sobre la traición podía citar a Homero. Recitaba a Antonio Machado y Federico García Lorca. Se mimetizaba con todo lo andaluz, con la sensualidad. Tenía gestos refinados que le servían para expresarse. En esas reuniones, Oriel lo escuchaba con mucho respeto.

—¿Cómo era la relación de Pippo con Charly Davis?

—Davis era un frívolo con amigos de dinero que pretendía imitar la amplitud cultural de Pippo estudiando Letras. No sé que grado de intimidad tenían. Pippo no veía mal la bisexualidad. Pensaba, igual que lo hago yo, que implica la libertad de

elección. Federico sostenía además que la homosexualidad parte de una fobia al sexo opuesto.

—¿Qué clase de familia conformaban Federico y Oriel?

—Tradicional. Ella se ocupaba de atender a los hijos, aunque ellos también querían mucho al padre, sobre todo Martina. Pippo se enorgullecía de que sus hijos fueran buenos, los mencionaba en las charlas.

—¿Qué otros temas preocupaban a Oriel?

—Su marido, la casa, el trabajo. Pippo estaba más en su locura, en tener gallinas rarísimas en el fondo de la casa. Oriel pagaba las cuentas, manejaba el auto. Era muy práctica, segura e ingenua. Una mujer inglesa en sus opiniones y una chica de City Bell en su conducta.

—¿Hacían públicos sus problemas conyugales?

—Jamás. Eran muy bien educados, como también los chicos. Oriel parecía feliz. Comprendía que su esposo siguiera a otra mujer en una fiesta. Es casi imposible que se haya acostado con Mensi antes de separarse. De esa relación, que no me consta, me enteré después del crimen.

—¿Su amigo conocía a personas importantes?

—Creo que sí. El nos refería almuerzos con monseñor Antonio Plaza, el general Ricchieri o un juez de apellido Soria. Pero no nos contaba de qué hablaba.

—¿Quién cree que mató a Oriel?

—Tal vez, los servicios de la dictadura. Pippo no estaba preparado para *bancarse* el *apriete* de la Policía. Hubiese confesado.

—¿Pippo conocía algún secreto de los militares o la Iglesia?

—No sé, no puedo asegurarlo.



La casa del matrimonio en City Bell.

"Tengo todo escrito"

HABLA FEDERICO PIPPO

La charla con Federico Antonio Pippo, quien se define como "una pálida sombra" de lo que fue, tiene como fondo los cacareos y graznidos de las aves de corral que habitan el jardín de su casa y el ruido de una lluvia torrencial. Son las 10.30 del domingo 10 de noviembre; Pippo se acaba de levantar para atender a DyC. La penumbra resguarda un poco su cara macilenta y sin afeitar, los codos agujereados de lo que alguna vez fue un buen sweater. A cada pregunta, se distrae en largos y minuciosos relatos que a menudo no contienen la respuesta requerida. Durante la entrevista, gesticula, se agarra la cabeza, dramatiza situaciones, camina por el cuarto, fuma sin parar.

—¿Cómo llegó a La Plata desde Lobos, su pueblo natal?

—Terminé el secundario en el Colegio Nacional de Lobos y viajé para entrar en la Universidad. Cursé dos años de Psicología en La Plata, pero no me pareció una carrera seria: "Freud dice esto, Freud dice lo otro..." ¿Cómo se puede atender a un paciente así? Estudié Magisterio y después seguí Letras.

—¿Su padre había sido policía?

—Sí, mi padre fue policía, y murió en forma heroica. Era un gaucha. Lo habían trasladado de Lobos a Bernal. Murió en el año '57 o '58 cuando una bomba le explotó en las manos. Estuvo agonizando durante tres días. Yo no lo vi. Pedía que lo tomaran de las manos, pero ya no las tenía. Yo tenía 14 o 15 años, pero no lo recuerdo para nada.

—¿Cómo ingresó en la Policía?

—Mi madre me enviaba dinero, de lo poco que ganaba en ese entonces (era caba de la maternidad de Lobos) a través de un señor, también policía, muy bueno. El me dijo: "Federico, tu madre es viuda y mantiene tres hijos, vos tenés que trabajar", y me consiguió un empleo. Me hizo entrar a la misma oficina de Armentinos donde trabajé toda mi vida. Ojo, yo era administrativo. Yo jamás usé arma ni uniforme. A mí las armas de... las armas, me dan miedo.

—Cuando llegó a La Plata en seguida trabé relación con la alta sociedad, a pesar de que no se trata de un grupo muy abierto.

—Conmigo fueron sumamente hospitalarios. Me invitaban a tomar el té o a estudiar. Mi relación era con la *crème de La Plata*, sobre todo con mujeres,

porque en Humanidades había cinco varones por cada veinte mujeres.

—¿Cómo conoció a Oriol?

—Yo salía con una chica morocha, que se iba a Europa con los padres por cuatro meses. Tenía dinero y apellido, me gustaba. Tenía novio pero salía conmigo, luego se peleaba con los dos y salía con otro. Se vestía con pieles, íbamos a lugares más paquitos pero también a los más marginales. Pedíamos sangría y ella tomaba de la jarra y se derramaba vino por todo el cuerpo (hace un gesto sensual). Antes de que viajara, yo ya le había echado el ojo a otra persona, pero ella me dijo "podés salir con cualquiera de las de acá menos con aquella rubia", y me señaló a Oriol. Yo no la conocía. La observé y vi que era una bella chica. Me acerqué a ella, hablamos y me pareció medio tonta, la verdad se dice sin oscuridades. Le faltaba el salero de las demás. Era...

—¿Ingenua?

—No, Oriol no era ingenua, era una gran simuladora. Oriol de ingenua no tenía nada. Castigaba un papel, pero castigaba muchos papeles.

—Se dice que no había tenido relaciones previas.

—No, había tenido un novio durante dos años antes, pero estaba virgen.

—Sigamos con el comienzo del noviazgo.

—Bueno, pasó un tiempo. Una noche fui a Federico V —el Mau-Mau de La Plata— y veo llegar a Oriol con un grupo de inglesas (ella tenía su grupo de amigas de Quilmes). La vi bailar, saltar, brincar. Con mucho salero, no como antes. Me acerqué, medio tomado como estaba y le pregunté: "¿Cuándo salí-

mos?". "¿Cuando quieras, cuando quieras!" me dijo, creo que un poco para sacarme de encima. Fui a buscarla con un traje color arena —no blanco como se dice por ahí—, pero se mostró arisca. Le quise dar un beso y se pegó una espantada que me quedé con un mechón de pelo en la mano. "Para eso te buscás a otra", me dijo. Y se metió para adentro de la casa. Después, empezó a llamarme por teléfono. Volvímos a salir, y ahí estuvo menos arisca. Ella tenía una moral protestante, puritana. Aunque eso no quiere decir que conmigo no haya habido "Pascuas antes de Navidad".

—Así empezó el noviazgo, que duró dos años.

—Sí, Oriol quería casarse y tener seis hijos. Yo no quería chicos pero accedí a casarme. Ella tenía muchos problemas con la familia. La abuela le había dicho que iba a degenerar la raza y la tía que le había recriminado siendo tan linda y tan rubia se fuera a casar con un negrito graso como yo.

—¿La familia de Oriol tenía origen noble?

—Sí, pero la nobleza no les venía por el lado de los Briant, aunque el padre, Frank Arthur Briant, era un señor muy fino, sino por el lado de la madre Millicent Brackenbury. Los Brackenbury habían llegado a Inglaterra en la época de Guillermo el Conquistador. Mister Briant tenía un hermano, Ronni Briant... ¿se acuerdan del inglés de ese aviso de que decía: "¿Para qué le habrán puesto caballos?" Bueno era él. Era miembro de honor del Imperio Británico porque en la segunda guerra parece ser que había hundido un torpedero alemán. Ronni tenía tres hijas: Susan, Jillian y Pamela. También ahí se mataron entre ellos...

—¿Los ingleses lo despreciaban?

—Totalmente. Excepto la abuela paterna.

—Es cierto que no invitaron a su familia al casamiento?

—Sí y no. Mister Briant quería hacer una fiesta y como la pagaba él —a nosotros apenas nos alcanzaba la plata para disfrazar a mi mamá con un vestido de encaje negro— quiso invitar a todos los ingleses. Solamente quedaban diez o doce invitados para que decidiéramos Oriol y yo. Invitamos gente joven, de La Plata, gente que nos había tratado muy bien. Fue muy lindo.

—¿Cómo fueron los primeros años de matrimonio?

—Perfectos. Oriol era una mina bárbara, yo me entregué totalmente. Ella hacía todo, hasta falsificaba mi firma. Yo le tenía total confianza.

—Usted dijo que ella era una gran simuladora.

¿Por qué?

—(Contesta con evasivas).

—Quiénes la conocieron dicen que Oriol tenía la imagen de una mujer inabordable, distante.

—Sí, puede ser. Usaba escotes profundos, fumaba en boquilla. Por ahí, en una reunión, se solaba el pelo, se sacaba los zapatos y se ponía a bailar sola. Cuando se le acercaba alguien le decía: "No te confundas, soy una señora".

—Pasado un tiempo, Oriol y usted parecían



"Los Briant también se mataron entre ellos."

"Yo la llamé y le dije: '¿Vos sos loca? ¿Querés que yo me mate trabajando y me quede sin nada?' Ella me respondió que no, que no quería eso. ¡Cómo que no, si yo leí esa parte de la demanda!"

querer escapar de la rutina en que generalmente caen las parejas después de algunos años.

—Sí. Nos teníamos mucha confianza. Ella a veces me preguntaba "¿Te gusta Fulana? ¿Te gustaría acostarte con ella?" Yo sé que a ella le gustaban dos tipos; Cristóbal Eckert, uno rubio, alto, y Gustavo Maggi, de La Plata, uno moreno que se ponía un aro y una funda metálica en un diente. Le decían El Gitano. A Oriol le encantaba, estaba fascinada por su belleza. Yo le preguntaba "¿Te gustaría ir a la cama con él?" Y ella me contestaba: "No, yo soy mujer de un solo hombre, me gustaría tenerlo en la mesa de luz, o como una estatua, pero no se me da por acostarme con él." Ahora, eso sí, había una competencia terrible entre Gustavo Maggi y mi amigo Charly Davis. Terrible, terrible.

—¿Por qué competían?

—No era por Oriol, era por mí.

—¿Cómo era su relación con Davis?

—Charly me contó un

día que había soñado con dos viboras enormes que se lo querían devorar. "Eso es un símbolo sexual, dirían los psicoanalistas", le contesté. "Y en otra oportunidad —me confesó— sentí una fuerza que me arrojaba encima tuyo y me preguntaba ¿cómo bestará este tipo?, siento ganas de que me bese este tipo." Tenía ganas de besarme. Durante el viaje que hicimos juntos a Grecia y Egipto, Charly se recogía el pelo —lo tenía rubio,

curuludo—, se colocaba el pene hacia atrás entre las piernas y me preguntaba "¿Qué diferencia tengo con una mina?". Y otras veces me decía que le encantaba que le tocaran el culo, pero que no se animaba, qué se yo... Nunca me acosté con él.

—Según los peritajes médicos, Davis nunca había tenido relaciones homosexuales en un rol pasivo, o era bastante reprimido...

—Lo que pasa es que a él le gustaba masturbarse frente a espejos. Las minas se volvían locas por él pero...

—¿Era afeminado en su forma de expresarse?

—Depende, a veces sí y a veces no. Me contaba que lo chupaban todo, y que a él no le pasaba nada. Por ahí sí, por ahí no.

—¿Los inconvenientes en su matrimonio comenzaron después de un viaje a Bariloche?

—Sí, Oriol estaba cambiada, yo le noté algo raro acá, en las comisuras de los labios. No te puedo precisar qué era. Estaba muy flaca. A partir de allí, empezó a llegar a las 2 o 3 de la mañana, con distintas excusas. A los chicos me los dejó a la buena de Dios. El más chiquito, que apenas caminaba, andaba por el fondo, chupando hielo. Esto era un quilombo total.

—¿Ya había comenzado la relación con Men-

—A mí me resulta inverosímil lo de Mensi, porque yo conocía los gustos de mi mujer. Un día, volví de dar clases y se había ido, se había llevado las cosas. No alcanzamos a llevárnoslas demasiado tiempo. Un día me llamó por teléfono el juez Soria y me avisó que Oriol me había entablado una demanda. Yo no sabía nada de Mensi. Había escuchado comentarios, pero en La Plata se comentan tantas cosas... Yo no soy ningún boludo. Le encajaba un detective y... más que por aquel entonces yo tenía guita. Con las

pruebas, ella perdía los bienes, los chicos, todo derecho.

—Pero ella al presentar una demanda había dado vuelta la situación a su favor...

—Sí yo me hubiera imaginado...

—¿Eran duros los términos de la demanda?

—Sí, pero yo no la pude ver completa. Leí solamente partes. Bianchi me dijo "truculenta, sanguinaria, dantesca", refiriéndose al escrito. "La quiero ver", pedí. "No, de ninguna manera. Si la quiere leer, se busca otro abogado", me contestó. Me decían que ella pedía mucho dinero. Yo la llamé y le dije "¿Vos sos loca? ¿Querés que yo me mate trabajando y me quede sin nada?". Ella me respondió que no, que no quería eso. ¿Cómo que no, si yo leí esa parte de la demanda? "No, no —me dijo—, Garziz me hizo firmar, yo no sé nada, voy a hablar con él." Y cuando fuimos ante el juez para la audiencia de reconciliación, ante la pregunta: "¿Qué pretende señora?", ella

contestó: "Lo que sea justo." "A mí me dijo: 'Un 30%', para los chicos."

—¿Usted escribió algo estando en la cárcel?

—Sí, tengo todo escrito en varios idiomas en poder de varias personas en el exterior, los Estados Unidos, Europa. Allí cuento todo. Si me llega a pasar algo, esa gente tiene autorización para que salga todo, con nombres y apellidos. A mí me torturaron. Estuve trece días en una celda con mirilla

cerrada sin agua ni alimentos. Cuando mi abogado me fue a ver a la Brigada de Banfield, yo parecía Quasimodo, no podía caminar. Me torturaron Fortunato, el subcomisario Rossi y el oficial principal

Naldi.

—Oriol y usted vivían muy bien. ¿De dónde provenía el dinero con el que compraban todos estos objetos de arte y pagaban los viajes?

—Trabajando los dos muchísimo, yo tenía mu-



"A Davis le encantaba que le tocaran el culo, pero no se animaba".

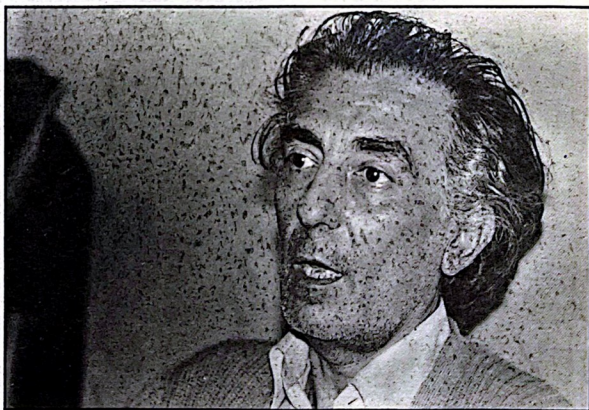
chas horas de éditra y además trabajaba en la Policía, sábados, domingos y feriados. Navidad, Reyes y la mar en coche, ¿eh? A Oriol le encantaban los juegos de té de porcelana, tenemos muchos. No vendía nada para que el día de mañana mis hijos no me lo reprochen.

—¿Hubo episodios de violencia durante su convivencia con Oriol?

—No, yo no soy violento, además no tengo fuerza. Una sola vez, que ella estaba gritándole a los chicos y pegándole la quise tomar del pelo, me arañó y me desgarró la camiseta. Entonces la arrojé sobre la cama y le di unas palmadas en la cola, nada más.

—¿Y con Millicent nunca se enfrentó?

—Sí, una vez estaba discutiendo con Oriol en el dormitorio de su casa y ella me quiso atacar por la espalda con un cuchillo. Entonces, la tiré al suelo, y le apreté la cabeza con el pie. Ella se retorcía y daba dentelladas. Yo cada vez apretaba más. Y le preguntaba: "¿Te vas a quedar quieta? ¿Te vas que quedar quieta?" Finalmente, me fui, y mi mujer me siguió con los chicos. "¿Adónde vas?" le preguntó Millicent. "Con mi marido ¿o creías que me iba a quedar con vos?" le respondió Oriol.

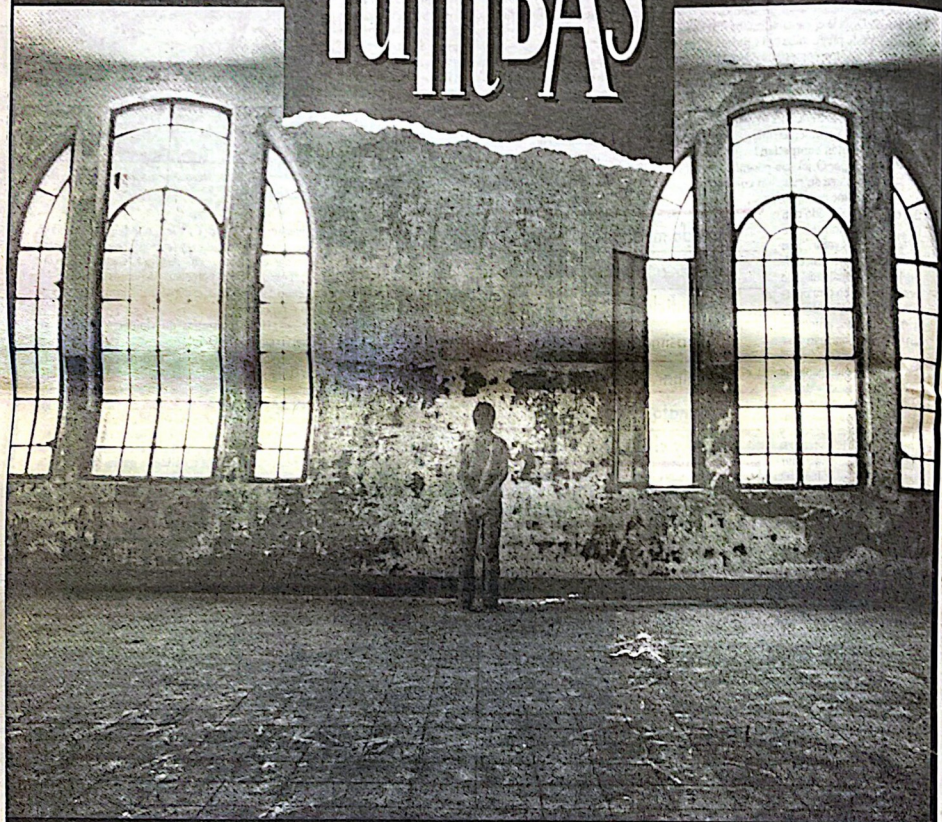


"Mi relación era con la crémé de La Plata, sobre todo con mujeres".

NORMA
ALEANDRO

Las Tumbas

FEDERICO
LUPPI



Un film de JAVIER TORRE

Seleccionada por el Festival Internacional de San Sebastián

POLICIAL EN VIDEO



Muerto al llegar (Dead on arrival). Dirección: Rocky Morton y Annabel Jankel. Guión: Charles Edward Pogue. Intérpretes: Dennis Quaid, Meg Ryan, Daniel Stein y Charlotte Rampling. Edición: Legal Video.

Una de las mayores dificultades del relato policial es poder ser narrado desde el punto de vista de la víctima. Inspirándose en un viejo y olvidado film de los '50 interpretado por Edmond O'Brien, Rocky Morton y Annabel Jankel (creadores de la serie televisiva Max Headroom, lo que es una buena demostración de su ingenio) logran resolver este problema sin caer en fantasmas ni recursos inverosímiles. Aún forzada, la trama es de buena ley.

Dennis Quaid interpreta sobriamente a Cornell, profesor de literatura en una universidad norteamericana quien ingiere, sin saberlo, una dosis de vene-

no que sólo le deja dos días de vida. Con esa premura y sin sospechas comienza su investigación para lograr saber, antes de morir, la trama en que se ha visto envuelto. La primera escena, filmada en blanco y negro da la clave de este recurso: Cornell llega a la comisaría en la Nochebuena, cae sobre un árbol de navidad y al serle inquirido el motivo de su entrada dice que ha llegado a denunciar un asesinato. Se le pregunta el nombre de la víctima y Cornell responde simplemente: "Yo".

Luego la película vira al color y narra toda la investigación de Cornell en la cual no faltan tramas incestuosas (allí aparece, fatal, elegante y distante como siempre la figura enigmática de Charlotte Rampling), persecuciones y un lugar para cierta intriga amorosa. Con dedicada inteligencia, Morton y Jankel evitan todo lo que podría esperarse alrededor de la víctima: exasperaciones, desgarrs, expectativas de alguna salvación milagrosa. En ese sentido, *Muerto al llegar* recupera para el policial un gesto entre frío y pudoroso porque de lo que se trata sobre todo es de poner en marcha un mecanismo que requiere de una precisión absoluta para no

perder verosimilitud ni transformarse en drama. Es como si la película se hubiera adecuado y seguido los tonos del trabajo de sus directores que deben, seguramente, al maestro Hitchcock, más de una inspiración.

La influencia de Hitchcock se hace presente sobre todo en ciertos rasgos de humor: Cornell no tiene tiempo y suele equivocarse en sus sospechas mientras la Policía lo ronda acusándolo de los crímenes que se van sucediendo. Colabora en este tono la figura de una alumna entre tonta y arrogada, protagonizada con oficio por Meg Ryan, que acompaña a su profesor en la última aventura. El final llega con la solución del enigma, aunque ya sea demasiado tarde, ya que esto no significa la salvación para la víctima. Allí la distancia vuelve a instalarse con el retorno al blanco y negro, a la escena de la comisaría y al recorrido de los títulos sobre la espalda de Cornell quien ahora debe enfrentarse a las angustias de la propia muerte. Al espectador le queda el sabor de una trama que, ingenuamente, le ha recordado su propia inteligencia.



Sed de Mal (Touch of evil). Dirección: Orson Welles. Guión: Orson Welles según la novela de Whit Masterson con *Butch of the West*. Música: Henry Mancini. Intérpretes: Charlton Heston, Janet Leigh, Orson Welles, Joseph Calleia y Akim Tamiroff. Edición: VER.

Cuenta la leyenda (y a este territorio pertenecen la vida y la obra de Orson Welles) que el director de *El ciudadano* aceptó filmar la mediocre novela de Whit Masterson en 1957 para desplegar la prodigiosa técnica que abre *Sed de mal*. Ya la primera escena, un travelling extensísimo que arranca con un coche en movimiento y que lo sigue hasta que su conductor es asesinado, permite adivinar que se trata de un film fuera de lo común.

Y esto se basa no sólo en los prodigios técnicos, ni en el nivel de las actuaciones (donde por primera y única vez Charlton Heston demuestra que tiene músculos en la cara y que puede usarlos expresivamente), sino sobre todo por la manera en que Welles indaga en la naturaleza del mal en un tono que recuerda su paso por la filmación de *Oleio y Macbeth*. El conflicto se establece entre un policía honesto de origen mejicano, Vargas (Charlton Hes-

ton) y un corrupto, Quinlan (Orson Welles) en el marco de la investigación de un crimen en un pueblo de fronteras. Al conflicto de jurisdicciones se suma el de metodología y de posición ante la culpa y la ley. Por supuesto, esto no ocurre en discusiones sino en la acción seguida por una cámara que no se mantiene quieta, y en cuadros de actores en perpetuo movimiento. Como si por detrás de esta actividad febril permaneciera estático un verdadero debate sobre los métodos policiales, el uso de la violencia y la administración de la justicia, con un trasfondo racial sostenido en las diferencias de origen de los dos protagonistas.

Welles declaró respecto de su personaje: "Para mí es odioso: no existe ninguna ambigüedad en su carácter. No es en absoluto un genio; es un maestro en su oficio, un maestro de provincia, pero un hombre detestable. Lo que he puesto de personal en el film es mi odio contra el abuso que la policía hace de su poder. Esto es evidente: es más interesante hablar sobre los abusos de poder policiaco con un hombre de cierto peso —no solamente físico, sino también en cuanto a personalidad— que con un guardia vulgar y corriente. Pero siempre es posible sentir simpatía por un crápula, porque la simpatía es una cosa humana".

Se podría agregar, siguiendo el pensamiento de Welles, que el toque de maldad (la traducción correcta del título original) también pertenece al orden de lo humano. Hay marcas de género policial

en varias obras de Welles, en *La Dama de Shangai*, por ejemplo e incluso en la forma en que está contado *El ciudadano*. Al internarse de lleno en una trama con policías, Welles sigue pensando lo que parece haber sido la obsesión de su obra: el poder y la traición. Y descubre con un deleite no disimulado en *Sed de mal* que el género, detrás de sus reglas y exigencias, tiene la flexibilidad de profundizar en las cuestiones que lo obsesionan.

Mientras Vargas es un heraldo de la ley, Quinlan piensa en cómo castigar y cómo hallar a los culpables. De ahí que no haya trepidación en fabricar pruebas para probar sus corazonadas y en apelar a métodos violentos para obtener confesiones. Aunque Vargas cuenta con las simpatías del director, el personaje que revela las aristas complejas y contradictorias que unen al hombre con la ley y la justicia.

Es de celebrar estas oportunidades en que el video permite acceder a obras que, como *Sed de mal*, iluminan y completan la visión de uno de los grandes creadores de toda la historia del cine. Para seguirlo, están en las cajas: *La Dama de Shangai*, *El extraño*, *Soberbia*, *El ciudadano* y la película que (dice otra vez la leyenda) Welles dirigió sin firmar, *El tercer hombre*.

Sed de mal es otra certificación de un talento que nunca se fatigó de indagar: un lúcido y desesperanzado detective del carácter de los hombres.

NOVEDADES

- **Bésame mortalmente** - Dir: Robert Aldrich - Int: Ralph Meeker y Albert Dekker (VER)
- **La noche del cazador** - Dir: Charles Laughton - Int: Robert Mitchum y Shelley Winters (VER)
- **Ametralladora Kelly** - Dir: Roger Corman - Int: Charles Bronson (Tri-films)
- **Festín Diabólico** - Dir: Alfred Hitchcock - Int: James Stewart y John Dall (Renacimiento)
- **De paseo con la muerte** - Dir: Hnos. Cohen - Int: Albert Finney y Gabriel Byrne (Gativideo)

RECOMENDACIONES

- **Una mujer inquietante** - Dir: Claude Miller - Int: Isabelle Adjani y Michel Serrault (VEA)
- **Simplemente sangre** - Dir: Hnos. Cohen - Int: John Getz y Art Williams (AVF)
- **Tarde de perros** - Dir: Sidney Lumet - Int: Al Pacino y John Cazale (AVH)
- **Vestida para matar** - Dir: Brian de Palma - Int: Angie Dickinson y Michael Caine (LK-TEL)
- **La ventana indiscreta** - Dir: Alfred Hitchcock - Int: James Stewart y Grace Kelly.

"LA SANATA NO SE LEE"

Con cerca de 30 años como periodista de policiales, Francisco Pancho Loíacono, director de la revista *Esto*, es uno de los hombres que mejor conoce la historia del crimen nacional. En una sociedad en la que la decadencia ha modificado el comportamiento de policías y delincuentes, Loíacono recuerda con admiración al comisario Evaristo Meneses, "un clásico investigador, toda una leyenda", cuyo desempeño ya nadie imita. "Patti -puntualiza- es otra cosa; tiene, digamos, otra técnica. No en balde tiene tantos procesos por apremios ilegales. Por eso cultiva fama de que, cuando lo mandan a un nuevo destino, los chorros empiezan a operar en otra jurisdicción."

—¿Cuándo empezó a hacer periodismo?

—Me inicié en el año '51, haciendo deportes y espectáculos. Pero en policiales empecé en la década del '60, en la época del caso Penjerek. Yo tuve la suerte de tener un par de grandes maestros. Uno de ellos fue Félix Frasca, que me enseñó una cosa muy importante... él me decía: "Mirá pibe, la cama puede esperar". O sea, me transmitió la pasión por escarbar las cosas hasta llegar a la verdad de algo. Otro que me enseñó algo en la vida fue Dante Panzeri. Con él tuve largas conversaciones, durante años, porque yo me inicié en *El Gráfico* como colaborador. Después se fueron agregando estudios, inquietudes... y tampoco tenés que dejar de lado el desarrollo de la personalidad, porque en este oficio tenés que ser muy curioso.

—¿Cómo realiza la revista *Esto* sus investigaciones?

—Cada caso es un fin en sí mismo. En cada caso tenés que ir al terreno y empezar a escarbar. Uno puede cometer errores, pero cuando batís la calle, comienza a tallar el olfato y la intuición. Por eso es importante tener un equipo de gente que vaya a la calle y que el olfato le diga si tal cosa puede ser o no. La clave consiste en no quedarse con la primera impresión, es decir, hay que tener un gran poder de duda. Si uno pierde el poder de duda, se tiene que dedicar a otra actividad. Toda crónica policial nace a partir de la siguiente pregunta: ¿qué pasó? ¿cómo, dónde y por qué? Todo lo demás es sanata y la sanata no se lee. El demonio más grande de un cronista es la fantasía. Uno tiene que escribir con una mano en el corazón y otra en los testículos. Sólo así puede ir topándose con hechos que, a la larga, van a terminar brindando grandes satisfacciones...

—¿Qué hecho policial le brindó a usted grandes satisfacciones?

—¿Te acordás del sátruo de Avellaneda? Yo, en ese caso, tuve una gran satisfacción personal. Pasó en el año '65. Yo, por esos días, vivía en Berazategui. Fue una tarde en la que estaba en mi casa, engripado. En esos momentos estaba

viendo por televisión el programa de Nicolás Mancera. De pronto aparece en pantalla el propio sátruo... El tipo estaba sentado; más que sentado, amodorrado, cabizbajo. Frente a él había dos mujeres que vociferaban: "¡Es él! ¡Es el sátruo!". Yo veía eso sin poder creerlo... andaría por la cuarta aspirina, preguntándome: ¿cómo pueden hacer un reconocimiento por televisión? Pero también me preguntaba otra cosa: ¿cómo pueden reconocer sentado en una silla a un tipo que atacó en una noche cerrada? Entonces me enteré que el tipo vivía en Dock Sud. Me vestí y fui a Dock Sud. Llegué a la casa del supuesto sátruo y me recibí el padre. Yo le dije que era cronista del diario *El Mundo*. Tanto el padre como los vecinos me decían que no podía ser que el pibe sea el mismo hombre que violó a esas mujeres. "Es un muchacho bueno, muy tímido y, además —agregaron—, es tartamudo". ¿Cómo?

pregunté. "Sí, es tartamudo", me volvieron a decir. Ese era un dato significativo, porque cuando amedrentas a un tartamudo se vuelve mudo. Entonces no perdí ni un segundo y llamé al diario; me atendió Toscanito, que era mi jefe, y le dije: "Por favor, viejo, dejame hacer el caso".

—¿Y qué pasó?

—Bueno, empecé a entrevistar a cada víctima de esa seguidilla de violaciones. Todos los días yo iba juntando algo... iba recopilando indagaciones, porque el periodista no investiga, sino que indaga. El único que se prendió en mis conceptos lógicos fue el pibe Orlando, un tipo macanudo, que hacía policiales en *La Nación*. En ese periplo a través de las supuestas víctimas, caigo en lo de una señora que tendría entre 45 y 50 años. Era de contextura fuerte, rechona y con unos antebrazos como los de Popeye. Le dije: "Señora, haga de cuenta que yo soy el sátruo". Ella

me contestó: "Bueno, atáqueme." Te aclaro que yo hice lucha libre, y pensaba: esta gorda, ¿qué me va a hacer a mí? Bueno, la cosa fue que casi me rompe los brazos... casi me destroza. A partir de ese momento resultaba totalmente dudoso que el pibe que mostraron por televisión hubiera sido su verdadero atacante. El verdadero sátruo, después de perpetrar su agresión, salió por encima de un tapial, para lo cual tuvo que hacer palanca sobre un fierro que sobresalía. Ese chico, el que estaba acusado, era lento. Entonces, con todo lo que me decían, jamás podría haber sido el verdadero atacante de aquellas mujeres. El verdadero sátruo de Avellaneda tenía que ser ágil, o sea, un atleta. Yo, a través de las páginas de *El Mundo*, mandaba diariamente que el chico acusado era inocente. Todos decían que yo estaba equivocado, que estaba loco. Pero, finalmente se comprobó la inocencia del chico. Fue meses después, cuando cayó en manos de la policía el verdadero sátruo de Avellaneda...

—¿Cómo le cayó a la policía su investigación paralela?

—En medio del quiliombo fui citado por la policía. Ahí tuve un pequeño inconveniente: el cana que llevaba adelante la investigación me tomó bronca. Pero esas cosas siempre ocurren cuando uno dice las cosas como son...

—¿Cómo sobrevive la revista *Esto* su relación con la policía?

—Bien, es decir, una de cal y otra de arena, ¿entendés? Pero cuando aflora algún caso de corrupción policial no nos alegramos, editorialmente hablando... porque lo que la revista vende es seguridad...

—¿Pero, la policía les sirve como fuente?

—No. La policía es fuente cuando es fuente oficial. Nuestras fuentes son diversas. Muchas veces llama la gente y dice como son las cosas, y uno después se comunica con la policía para que ratifique o rectifique una determinada información. Pero te voy a dar un ejemplo. En el caso de lo que se llamó "la masacre de Pacheco" (N de R: tres jóvenes fusilados por la policía, luego de un supuesto tiro

"El demonio más grande de un cronista es la fantasía. Uno tiene que escribir con una mano en el corazón y otra en los testículos. Sólo así puede ir topándose con hechos".



PABLO DE LEÓN

"Antes, una persona atrancaba su casa por miedo a que le roben. De pronto vino la etapa de los milicos, que fue una etapa absurda... te entraban a la casa y se llevaban al loro y al nene."

teo), nos enteramos de lo sucedido a través de la llamada de una vecina. Entonces llamamos a la policía; dijimos: "¿qué pasó con esos pibes que fueron masacrados?" Nos contestaron: "No sabemos absolutamente nada." ¿Cómo que no sabían? No puede ser. Llamamos a la jurisdicción de al lado y, después, a la Jefatura misma. En ambos casos, la misma respuesta: "Acá no ha pasado absolutamente nada". Al día siguiente esa misma vecina se volvió a comunicar con nosotros y ratificó la información. Entonces, yo le dije a uno de los cronistas: "Andate en uno de los coches y hacé una recorrida para ver qué pasó". El cronista volvió con el hecho confirmado, pero lo tragicómico fue que en la Jefatura lo seguían negando. El error policial fue justamente decir: "No sabemos nada." Yo les dije a los comisarios: "Ustedes deberían tener un jefe de relaciones públicas. Porque, cuando a un periodista que lleva más de cuarenta años en esto le dicen que acá no ha pasado nada, mientras están los cuatro cadáveres a la vista de la opinión pública, uno piensa que hay algo raro detrás, ¿no?" Ellos me estaban sirviendo la duda en bandeja. El resultado fue que se armó todo un escándalo. Pero, por otra parte, he tratado con grandes policías...

—¿Qué diferencia hay entre los ladrones de ahora y los de antes, o sea, tipos como Laginestra, Villarino, etc.?

—Bueno, según, los viejos policías, los chorros de antes eran buenos delincuentes. Con el delincuente de ahora no sabés con qué te va a salir. Antes era raro que se drogaban. Por ejemplo, Villarino entraba a asaltar y ni tocaba al damnificado. Simplemente pelaba el fierro y decía:

"No hay más morbo en una crónica policial que en una reunión política de tipos que se quieren repartir el poder. Este es un oficio en el que, más que morbo, hay que tener franela con la muerte."

"Bueno, quedé más tranquilo que no les va a pasar absolutamente nada." Otro de aquella época, el Pichón Laginestra, jamás pudo ser procesado por un hecho de sangre. La delincuencia de ahora es doblemente patológica. El Nene Bonica, que dicen que se quedó con un vuelo, fue el último de lo que se denominó "la pesada". La tendencia la cambió un poco el proceso militar. Antes, una persona atrancaba su casa por miedo a que le roben. De pronto vino la etapa de los milicos, que fue una etapa absurda... te entraban a la casa y se llevaban al loro y al nene. A nivel oficial había un verdadero alud delictivo, entonces, todo ese furor

homicida en aras de una vendetta, provocó condiciones psicológicas para un nuevo tipo de delincuencia. Esa es una de las causas.

—Uno de sus columnistas es un preso de Devoto que se llama Juan Carlos Pérez, ¿cómo se contactó con él?

—Por una carta. Yo había llegado de España, donde lo había conocido al Lute (N de la R: Eleuterio Sánchez, un convicto que accedió a la celebridad por haber escrito sus memorias); años antes, acá en Argentina, tuve el gusto de ponerme en contacto con Henry Charrier, o sea, "Papillón", y me dije: Mi revista anda necesitando que escriba alguien desde la cárcel. Entonces, entre los que me mandaron material para publicar estaba el pibe Schoklender, que me mandó una columna que estaba muy bien, muy analítica, pero yo necesitaba otro tipo de preso que escriba. Primero empezó a escribir Andrés Sella que, por supuesto, le reescribimos los artículos. Pero un día llegó una carta de Pérez y, a partir de allí, empezó nuestra relación y su carrera de periodista. Esa carta que le digo contenía un relato espectacular, y yo me dije: este pibe es un fenómeno. Bueno, a partir de eso terminé escribiendo también en el diario Sur, en Página 12, etc.

—¿Por qué está preso Juan Carlos Pérez?

—Por asalto a mano armada, homicidio y robo en banda. El era un típico delincuente juvenil. Perdió cuando tenía 19 años... hace más de dos décadas que está preso. Cuando lo conocí no sabía sus antecedentes; ni me importaba... lo importante era el fruto. Lo cierto es que este

muchacho tiene talento de escritor. Lo que pasa es que antes ahogaba su neurosis con un revolver; ahora lo hace con la máquina de escribir. Escribe a máquina con una velocidad increíble. Fuimos nosotros los que le hicimos llegar la máquina. Muchas mujeres lo siguen. El es uno de los elementos más importantes de la revista. Y, cuando salga, si no trae resentimientos de la celda, va a ser un tipo de éxito dentro del periodismo. Para mí es una satisfacción muy grande el desarrollo que ha tenido Pérez.

—¿Usted también tiene a un policía de columnista, ¿verdad?

—Sí, el comisario Blanco. Ya está retirado. Prestó servicios en la policía

OPERACION PATO DONALD
EL CASO MAS INFANTIL DEL ESCANDALOSO MARCOTRAFICO NACIONAL

LA PESTE BLANCA

¿Esto!

NAIR MOSTAFA

LA HORA DE LA VERDAD

ANDREITA DEL BOCA VIVIO UNA PELIGROSA "NOVELA" POLICIAL

CATAMARCA

¿Y AHORA... QUE? EL JUICIO A LOS CARAPINTADAS

Un estilo periodístico directo y eficaz.

bonaense. A propósito, mirá cómo son las cosas del destino. La cuestión es que, en la época en que Pérez andaba delinquiendo, Blanco fue uno de los policías que estaba siguiendo sus pasos. Ahora se puede decir que son colegas, porque ambos escriben compartiendo las páginas de la misma revista.

—¿El oficio de cronista policial es un trabajo morbosito?

—No hay más morbo en una crónica policial que en una reunión política de tipos que se quieren repartir el poder. Este es un oficio en el que, más que morbo, hay que tener franela con la muerte, que no es lo mismo que ser morbosito. Yo fui estudiante de medicina, por eso me impresionó mucho ver el cadáver de alguien muerto en un hecho de violencia. Yo tengo algunas autopsias grabadas en video, y lo que me interesa es el aspecto técnico del hecho. Es maravilloso que, mediante un procedimiento científico, no solo se pueda determinar las causas de una muerte, sino además algunas circunstancias que tuvieron que ver con las últimas horas de la víctima... La autopsia de Alicia Muñoz la tengo grabada toda.

—La revista Esto aportó un forense a la causa por el muerte de Alicia Muñoz, ¿verdad?

—Sí. Yo tenía un asesor forense, el doctor Antonio Pizzani Canale, que era una eminencia. Resulta que nosotros tuvimos una de las primeras fotos de la Muñoz caída en el jardín de la quinta de la

calle Pedro Zanni. Entonces mandé a hacer una copia grande, de 30 por 40, y se la llevamos a la casa de Pizzani. Antonio, pobrecito, que ya murió, vio la foto y empezó a hacer un primer diagnóstico. No se quedó conforme y vino acá... todo enserio y macilento como estaba, vino acá y llamó por teléfono a Mar del Plata para hablar con los fotógrafos de El Atlántico, para que le contaran cómo es la distribución de la casa. Entonces, dijo: "Si los que rodean a Monzón son inteligentes, el pibe se puede salvar. Yo me ofrezco como perito... Voy a ver si me pagan el viaje y la estadía". La cosa fue que Pizzani se mandó. Los forenses hacen cosas increíbles. Algunos, con sólo tener una calaverita pueden determinar las facciones que tuvo el propietario. Lógicamente, entre los forenses hay de todo. Están los que sólo ejercen cuando son llamados de la comisaría, y hay otros que se dedican seriamente a esto.

—Entre los cronistas policiales, ¿también hay de todo?

—Y... depende; según las épocas. Hace mucho, había, digamos, dos escuelas: La Razón y el diario Crítica. Allí escribía Gustavo Germán González, que fue uno de los mejores. No sé si murió; creo que vive, pero nadie sabe dónde está. Cuando empezamos con la revista no lo pudimos encontrar. Si llega a leer este reportaje, póngame que se comunique con nosotros.

Ricardo Ragendorfer

**TODOS LOS MARTES,
LOS GRANDES DEL FUTBOL
LO ESPERAN EN SU QUIOSCO!**

UN DOCUMENTO PERIODISTICO
UNICO E INDISPENSABLE.

UN MEREcido HOMENAJE DE LOS
ARGENTINOS A SUS IDOLos MAS
QUERIDOS Y RECORDADOS.

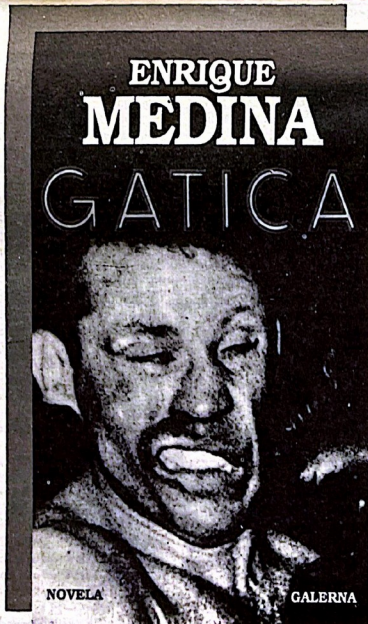
LOS GRANDES DEL FUTBOL!

165 FASCICULOS EN 11 TOMOS
COLECCIONABLES.

LOS GRANDES DEL FUTBOL!

UNA REVISTA HECHA CON
VERACIDAD Y RESPETO.

**LOS GRANDES DEL
FUTBOL**



EL LIBRO DEL AÑO

- 300 páginas
- Con ilustraciones

Editorial Galerna

M. T. de Alvear 3741

Tel. 71-1739

Mientras la aventura del Marqués de Sade ha suscitado cierta admiración y las más variadas interpretaciones, a nuestro Petiso Orejudo se lo considera una curiosidad insignificante. La diferencia, además de ser un efecto del eurocentrismo de nuestra cultura, tiene una explicación: el Petiso no tenía a su disposición un discurso que le permitiera presentarse en sociedad. Sin embargo, se conocía lo suficiente como para dar explicaciones detalladas acerca de los motivos de sus actos. A tal punto, que cuando le preguntaron si le gustaba robar respondió: "He probado, no me gusta. Ha sido un compañero mío que me ha enseñado, pero no me gusta."

PETISO OREJUDO EL PLACER DE MATAR

POR CUADRO 5TO.*

La tranquilidad de la apacible Buenos Aires se vio alterada pocos días antes de que los porteños festejaran la Navidad de 1912 por dos simples elementos: un piolín quemado en los extremos y un clavo oxidado. La punta del hilo conducía a un multicolorario convertillo en la calle Urquiza 1970, donde llegó la Policía para arrestar a Cayetano Santos Godino quien, además de la libertad, perdió ese día su nombre para pasar a la historia como "el Petiso Orejudo". Sus bolsillos contenían las pruebas necesarias, los restos del piolín y un arrugado trozo de papel recortado despojando del diario La Prensa que contenía el relato de su último crimen.

FLOR DE CLAVO

El dueño del almacén situado en Progreso 2.599 vio entrar, el 3 de diciembre de 1912, a una extraña pareja. Conocía al más pequeño, un niño de tres años hijo del matrimonio Godino que vivía en una casa a pocos metros, pero no al adolescente que lo acompañaba, quien le resultó algo extraño e inquietante. Un rostro distraído, con el pelo cortado al ras, mirada baja y orejas llamativamente apantalladas. Los brazos, muy largos, desentonaban con lo diminuto de su estatura.

El más grande, exhibiendo una moneda de diez centavos se acercó al mostrador y eligió un puñado de caramelos de chocolate de un enorme frasco de vidrio. Esperó su vuelto, guardó los caramelos en el bolsillo y, apoyando su mano sobre el hombro del niño, empujó las cortinas de metal del almacén y se alejó. Los parroquianos comentaron con suspicacia burlosa esa aparición, para seguir rápidamente con la discusión de los asuntos del momento. La ley Sáenz Peña de sufragio universal, el cruce ida y vuelta del Río de la Plata por el aviador Teodoro Fels y, por supuesto, el intenso calor.

Al llegar a la quinta "Moreno", a pocas cuadras del almacén, el trato amistoso de Santos Godino hacia Jesualdo Godino cambió abruptamente. Los caramelos que habían marcado el trayecto hasta el lugar se

trocaron en golpes.

En el portón de la quinta, el niño empezó a llorar y se negó a seguir al petiso quien, alzólo, atravesó el umbral y lo arrojó entre las piedras. Al verlo sobre el piso, le dedicó una breve mirada, le apoyó la rodilla sobre el pecho y extrajo del bolsillo derecho un piolín que había encontrado en una obra en construcción. Lo ató de pies y de manos, y enseguida armó un lazo que enrolló en el cuello de Jesualdo apretando con energía.

Godino abandona la quinta abrazado por la sed, toma un refresco en el almacén y, al salir, se encuentra con Pascual Godiano, que desesperadamente buscaba a su hijo. Le recomienda hacer la denuncia ante la Policía y, mientras tanto, vuelve al lugar de la asfixia. El petiso rastrea el lugar como buscando algo. Finalmente, levanta del piso un clavo oxidado y una piedra que se encontraba a su lado. Apoya el clavo sobre la sien derecha de Jesualdo y con breves golpes lo hunde por completo. El cuerpo dejó de moverse y fue encontrado por su padre pocas horas después, bajo una montaña de latas.

Después de un nuevo y necesario refresco, el petiso va a visitar a su hermana Pepa Godino de Capalbo, almuera, se queda hasta las cinco tomando maíe y vuelve a su casa, esperando la hora del velorio. Se acerca al cajón, lo contempla y le mueve la cabecita para ver los efectos del clavo que le había introducido en el cráneo, como si esperara oír el tintineo del metal contra los huesos.

ANTES DEL DEBUT

Para entonces el Petiso Orejudo tenía 16 años y hacía seis que había iniciado sus tratos con la autoridad. Un acta policial refiere el episodio: "En la ciudad de Buenos Aires, a los 5 días del mes de abril de 1906, compareció una persona ante el infrascripto, Comisario de Investigaciones, la que previo juramento que en forma legal prestó, al solo efecto de justificar su identidad personal dijo llamarse Fiore Godino, ser italiano, de 42 años de edad, con 18 de residencia en el país, casado, farolero y domiciliado en 24 de noviembre 623. Enseguida expresó: que tiene un hijo llamado Cayetano Santos, argentino, de 9 años

y 5 meses, el cual es absolutamente rebelde a la represión paternal, resultando que molesta a todos los vecinos, arrojándoles cascos e injuriándolos; que desearo corregirlo en forma alguna, recurre a esta policía para que lo recluya donde crea oportuno y para el tiempo que sea oír."

Pocos días después Santos Godino era remitido al reformatorio de Marcos Paz. No se sabía aún que dos años antes había tomado de la puerta de su casa a Miguel Depaoli, de diecisiete meses de edad; lo había llevado a un baldío, golpeándolo y arrojándolo contra un cerco de espinas. Un agente de policía lo sorprendió en la tarea. Los reflejos del petiso empezaban a mostrarse efectivos. Dijo que había descubierto al pequeño en el baldío e insistió en llevarlo ante la madre, quien agradecida lo recompensó con unas monedas.

Poco se sabe de su vida en el reformatorio pero probablemente algún oscuro episodio agudizó las tendencias y predilecciones de Godino. A poco de salir, dos intentos serían el preludio de su iniciación en el homicidio. La primera de estas tentativas tuvo lugar en la pileta de lavar caballos de un corralón, que tenía un metro y medio de agua, y en la cual el petiso sumergió a Severino González Caló, de dos años. Ante los ruidos, se asomaron el propietario y un peón, quienes evitaron la muerte del niño.

—¿Qué pasa aquí?

—Se acaba de ir una mujer baja y vestida de negro, por Muñiz en dirección al sur. Por suerte llegué a tiempo para salvarlo.

La Policía busca sin éxito a una mujer con esas señas y el sumario se cierra.

El petiso se extasiaba también ante los efectos del fuego. Luego de fracasar con el agua, pasa frente a la casa de la familia Botte, intenta quemarle los ojos con un cigarrillo al pequeño Julio de veintidós meses, quien providencialmente los cierra y la brasa sólo alcanza a darle los párpados. Al ser sorprendido por la madre, Godino logra huir.

* Adriana Amanie, Pablo Ansolabehere, Alejandra Laera, Marcos Mayer



Otro intento fracasado sería finalmente el que llevaría a la Policía al descubrimiento del Peisito Orejudo. Había llevado a Roberto Russo hasta un alfarero cercano a la casa, atándole los pies con una cinta negra, y al intentar iniciar el ritual del ahorcamiento se sorprendió por Esteban Poggi, un peón del lugar. Godino repite la estrategia. Dice que llegó justo a tiempo para evitar la muerte de la víctima. Sin embargo, algunos vecinos recuerdan su rostro por haberlo visto en las cercanías de la casa de los Russo. Tras el interrogatorio, logra convencer al juez de que en realidad ha jugado el papel de salvador providencial, y queda en libertad por falta de méritos. Pero su ficha quedó registrada en los archivos policiales.

EL PRIMER CADAVER

Hacía tiempo que Francisco Luchassi y Gerónimo Marino buscaban una vivienda para alquilar, en la zona de San Cristóbal. Caminando el barrio, ven un cartel ofreciendo la locación de una casa desocupada en Pavón 1.541. Lo que vieron al entrar fue

descripto así por el acta policial: "en el ángulo noreste, en posición decúbito dorsal, con las piernas extendidas y entreabiertas, el brazo extendido formando ángulo recto con el cuerpo y el derecho semiflexionado, se encontraba el cadáver de un menor que representaba de doce a catorce años, vestido solamente con una camisa blanca a rayas coloradas, que presentaba manchas de sangre en distintas partes; parte del lado derecho del rostro cubierto por una bombacha azul; debajo de la pierna derecha una correa angosta con hebilla y próximos unos zapatos de hilo blanco. Alrededor del cuello con varias vueltas y aprisionándolo, un piolín de hilo trenzado, añadido a un cordel. El rostro presentaba un subido color sanguíneo".

Al confesar sus crímenes, Santos Godino aclararía los últimos momentos de Arturo Laurora. Lo había llevado hasta el lugar y, como el chico empezara a gritar, le había tapado la boca con un pañuelo. Después lo empujó hasta la cocina donde le ató un hilo al cuello y lo llevó a la rastra hacia un cuarto vecino. Allí lo desnudó,



Los crímenes del Peisito Orejudo desafiaron la lógica de los investigadores y criminólogos.

dó y, tomando una rama de la higuera que había en el fondo de la casa, lo azotó, después de contemplarlo un rato. El Peisito Orejudo descubría insospechados placeres. Junto a una sed abrasadora, el espectáculo de un cuerpo agitándose en la asfixia le producía una intensa excitación que calmaba por medio de la masturbación. Nunca pudo ser probado que abusara de sus víctimas.

TODOS LOS FUEGOS EL FUEGO

No había diferencias de sexo. Tres intentos de atacar a niñas encontraron o bien la resistencia de las propias elegidas o la reacción entre furiosa y precavida de padres y vecinos.

Cuando el matrimonio Vaincoff eligió el nombre de Reina Bonita para su hija no imaginó la plebeaya pasión incendiaria del descendiente de un farolero italiano. Fue apenas un momento. Reina miraba juguetes en la vidriera de un negocio de la calle Entre Ríos. Una sombra y el raspar de un fósforo contra la caja, y el vestido en llamas. La niña murió tras veinte días de internación.

La coincidencia en la elección de la edad de las víctimas, la semejanza del *modus operandi*, lleva a los policías a revisar sus archivos. El caso Giordano y el caso Russo se parecen demasiado. Además, entre los papereles de la denuncia de Russo y también

se. Se había atado un pañuelo al cuello, y al ser incedido por el comisario, alegó simplemente que lo había hecho para desirje del imaginaria. Luego se desfiló, sosteniendo que había querido ahorcarse al enterarse de que su madre estaba enferma y que no concurría a verlo por vergüenza. Todo esto quedó asentado en un acta rubricada por el dibujo que hizo Cayetano Santos Godino de su nombre pues —siendo analfabeto— no sabía escribir.

El pánico porteño se sossegaba; un nuevo monstruo estaba entre rejas, al menos por ahora.

CONFESIONES DE VERANO

El relato del peisito trae algunas sorpresas. Siete intentos de homicidio, tres asesinatos probados y la historia de un cuarto que no pudo ser verificado: "que hace seis años, tomó una niña de escasos dos años en la esquina de Rivadavia y José María Moreno y la llevó a un terreno baldío ubicado en Río de Janeiro y Flores, enterrándola viva en una zanja."

Indica el lugar con pulidos detalles, pero ahora se encuentra una casa señalada con el número 120 de la primera calle nombrada. Es propiedad de don Juan Bertolini quien es consultado:

—Se edificó hace cuatro años y estos terrenos fueron rellenados con tres metros de tierra y basuras....

Después le empujó hasta la cocina donde le ató un hilo al cuello y lo llevó a la rastra hacia un cuarto vecino.

LA VOZ DE SANTOS

En noviembre de 1915, *La Patria degli Italiani* publica un reportaje que el doctor S. Vaccari le hiciera a Cayetano Santos Godino en el Hospicio de las Mercedes una vez dictada la sentencia. Lo que sigue es el texto de la entrevista:

He querido visitar a la fiera y la exquisita cortesía de los señores Laguarda, Pereyra y Echeverry de la División Investigaciones, me ha facilitado un largo diálogo con el delincuente Godino.

- Has dormido bien tranquilo, al parecer.
- Ahora duermo bien.
- ¿Pero después de haber estrangulado a aquel niño?
- Ah... la primera noche, no más, me pasaba así... después... nada...
- ¿Y qué cosas sentías la noche del delito?
- Nada... el muchacho me seguía embromando y le decía al padre: "¡Papá, ha sido él, agárralo, ha sido él que me ha matado!"
- ¿Cuántos delitos has cometido?
- Once, tres muertos y ocho lastimados.
- ¿Qué sensaciones sientes cuando estrangulas?
- No sé... me gusta. A más, me da todo un temblor por el cuerpo que me sacude... siento ganas de morir. Al chico ese lo agarré con los dientes aquí, cerca de la boca y lo sacudí como hacen los perros con los gatitos... Luego me da mucha sed. La boca, la garganta se me secan, me arden como si tuviera fiebre...
- ¿Y robas?
- He probado, no me gusta. Ha sido un compañero mío que me ha enseñado, pero no me gusta. Yo no trato con esa gente, son todos ladrones... [acá] me quedo solo y de vez en cuando hablo con el vigilante. Estoy contento de estar preso. No saldría sino acompañado por un vigilante. Ya todo el mundo me conoce. Y además, el padre del muchacho... ¡si me caza, me mata! ¡Cómo lo he engañado!... Es que cuando me preguntó por su hijo le dije que no lo había visto y que lo buscara en la comisaría.
- Confiesa con verdadera fruición que se divertía en matar a los caballos y en probar la sensación del hierro que se hunde y se retuerce en las carnes y el recuerdo de estos espectáculos lo excita y entonces el mentón y el labio inferior se alargan y los dientes se cierran, la nariz se ensancha como si aspirase el olor característico de la matanza.
- ¿Volverías a cometer otros delitos?
- No señor. Le doy demasiados disgustos a mi madre que hasta tiene vergüenza de mí.

Pero después de estas declaraciones que hacían vislumbrar una reacción de arrepentimiento, sucede una carcajada que nos hace estremecer cuando el comisario Pereyra le muestra la fotografía de la pieza y del cadáver del menor Laurora. Verla y recordar con lujo de detalles la escena del asesinato que le hacían revivir aquellos instantes fue todo uno.

- Quiero hacerte una última pregunta. ¿Has llorado alguna vez?
- Sí señor, pero de rabia... lloraba de rabia cuando se me escapaba alguna volada.
- Pero, ¿por algún otro motivo?
- Nunca.
- Pero, ¿no te han inculcado algún principio religioso?
- Cómo no, si soy bautizado.
- ¿Y no te han dicho que puedes ser castigado aun así?
- No sé; pero aquí me han dicho que soy enfermo, que me van a someter a tratamiento... entonces, ¿qué culpa tengo yo si no puedo sujetarme?

en la de Caló está la filiación de Cayetano Santos Godino, una presencia permanente como salvador y testigo en tantos casos similares. El Peisito Orejudo es llevado a la comisaría 34a., aparecen el piolín y el recorte, y luego de algunas resistencias y negaciones, la acumulación de testigos y evidencias fuerza una minuciosa confesión. El detenido no hacía sino confirmar lo que parecía inducir su extraño aspecto. La misma noche de su captura intentó suicidar-

Las investigaciones revelaron que para esa fecha se había denunciado la desaparición de una menor de tres años, pero al haberse marchado la familia a Italia no hubo forma de constatar lo declarado por Godino.

La confesión abundó en detalles inesperados para los investigadores. El Peisito Orejudo había matado con un cuchillo a un caballo valuada en 250 pesos, propiedad de Paulino Gómez, quien lo despidió de inmediato porque no había sido el único acto de



Dijo Caras y Caretas: 'Las víctimas de esa fiera han sido siempre niños indefensos y a quienes no se vigilaba'.

crueledad que había cometido contra animales.

Hubo además cinco incendios provocados por Godino, en una fábrica de ladrillos, en una estación de tranvías, en un corralón de maderas, en casas particulares. Cuando se le preguntaron los motivos se limitó a decir que lo hacía "para ver trabajar a los bomberos. Siempre corría a ver los incendios y les daba una mano a los bomberos. Es lindo cuando caen en el fuego."

A medida que estos hechos trascendían al público, se incrementaba

va entre la niñez abandonada y evitar las consecuencias de la delincuencia precoz".

Pero la negligencia de los padres no sólo puede convertir a los hijos en delincuentes sino también en víctimas. Es lo que sugiere la prensa en un acto mesiánico de "escuela para padres" al vislumbrar nuevos previsos y distribuir nuevas responsabilidades. Lo que sesenta años más tarde sería sintetizado en la célebre frase: "¿sabe dónde está su hijo ahora? fue anticipado por Caras y Caretas, que en diciembre de 1912 anotaba: "las

"Prefiero la cárcel —dijo—, porque aquí están los locos y yo no soy loco".

el estupor. Caras y Caretas se indignaba y perdía exactitud: "No es posible considerar como a un ser humano a ese joven de dieciséis años, que ha cometido docenas de crímenes, que ha dado muerte a tantas criaturas inocentes e indefensas, que ha robado y ha incendiado, que se ha hecho culpable de múltiples y horribles delitos. No ya la maldad del hombre criminal, a quien guía el interés o precipita la pasión, sino el instinto brutalmente destructor de la fiera sanguinaria ha presidido cuanto ha hecho ese delincuente precoz, autor de tan execrables crímenes".

Médicos y juristas empezaban una larga disputa para explicarse el comportamiento del Peisito Orejudo y sin saber qué destino darle.

ESCUELA PARA PADRES

De las manos del Jefe de la División Investigaciones, don José G. Rossi, Cayetano Santos Godino pasa, inmediatamente, a las de un médico policial. Tras breve examen de rutina, el doctor E. Feimann revela en el detenido "la influencia degenerativa de la herencia alcohólica", y advierte, admonitorio, que "el tremendo episodio policial de que ha sido actor, renueva ante la atención pública la función moderna de la medicina social para ejercer su acción preservati-

victimias de esa fiera han sido siempre niños indefensos y a quienes no se vigilaba, puesto que han podido estar ausentes de su casa largo rato sin que nadie se alarmase. Las madres que así han olvidado la custodia de sus hijos han favorecido con su desatención los planes del malvado y sería de desear que una lección tan horrenda como la presente les convenciera de que la primera obligación de las madres es velar constantemente por sus hijos".

A pesar de esta ampliación periodística del suceso, el interés de la Policía siguió instalado en el victimario. Se trataba de determinar la exacta responsabilidad del inculcado. ¿Es posible que un adolescente de dieciséis años sea capaz de cometer estos aberrantes delitos sin mediar una patología psíquica? La difícil y comprometida respuesta a este interrogante quiso ser satisfecha por los doctores Negri y Lucero. El caso vino a alterar la rutinaria tarea de los Tribunales en esas agobiadas jornadas de verano porteño. No todos los días se presenta un taimado muchachito de orejas prominentes, caminar arrastrado de humildes alargadas y huidiza mirada como perdida en el recuerdo de un vasto lago de sangre salpicando sus espaldas.

Pero no fue su mero aspecto de malentrazado lo que llevó a los médi-

cos a determinar en el peisito una "personalidad de vagabundo". Una batería de mediciones psicofisiológicas vino a corroborar lo que la presunción médica seguramente ya suponía: los hechos imputados habían sido concebidos por una mente enferma.

Detectadas las malformaciones, la inadaptabilidad doméstica y social, las perversiones, la impulsividad mórbida conciente, los delitos y las aberraciones sexuales, la altisonante verborragia científica puede resumirse en una enuncianción muy simple: "locura".

El Juez de Instrucción, José Antonio de Oro, no conforme con una sola opinión, y se había asegurado la colaboración de otros especialistas en el tema. Así es como los doctores Estévez y Cabred, por su parte, arribarán a la misma conclusión aunque mediante otro razonamiento. Eligen leer la cadena hereditaria buscando afanosamente las causas en la adición alcohólica de Fiore Godino: "el padre de Godino se entregaba a excesos alcohólicos desde hace veinte años, embriagándose generalmente los domingos, hasta hace seis o siete años. Esto ha sido, sin duda alguna, la causa de la detención de su desarrollo

cerebral".

Llama la atención la borrachera "dominical" de Fiore Godino porque —a juzgar por las declaraciones del Peisito— su padre no regía su vicio por los mandatos del calendario. Que se lo preguntaran si no a Lucía Ruffia de Godino cuando se limpiaba con algodón las heridas de los mares o los jueves. Allí estaba, consolándola, su benjamín cada vez que la furia paterna lo alcanzaba. El asesino de niños era capaz de amar profundamente, con un amor que unía la compasión al agradecimiento. El regazo materno lo protegió muchas veces de los embriagados castigos del padre, pero no pudo evitar que Cayetano se rindiera precozmente a los poderes del alcohol.

Un ambiente familiar distinto podría haber corregido la degeneración de Santos Godino? Educacionistas y maestros analizaron el problema que los médicos no pudieron resolver. Si la familia no educa, la escuela se arroja una impostergable misión en el encarrilamiento de los jóvenes discolos. Victor Mercante y Ernesto Nelson, también responsables del examen sobre el grado de instrucción y discernimiento para delinquir, sugieren que "hubiérase, tal vez, preve-

PEQUEÑOS RETRATOS

"Tanto en el caso de Laurora como en el de Giordano, se encontró que los niños tenían sus ropas levantadas, dejando ver sus cuerpos desnudos, y confiesa Godino que les quitó las ropas. Si comparando esta posición de los cadáveres con la que presentan las víctimas de otros criminales sádicos como Vacher, la similitud es tal que no sorprende y evidencia cómo hasta la patología del crimen tiene sus modalidades y aspectos repetitivos, que dejando los mismos rastros inducen suponer sean debidas a idénticas causas. Por otra parte, Godino manifiesta masoquismo, pues dice que a veces introducía en la uretra palitos o fósforos hasta producirse sangre, lo que nos revela su tendencia a sacar placer del dolor. Es posible que no buscara más que la voluptuosidad de la excitación en el sufrimiento de sus víctimas. Los dos casos más parecidos a Godino son los que cita Mac Donald, el de Jesse Pommeroy (Boy Brainer), el rempoder de cabezas, y el de Piper. En ambos no se comprobó tuvieron acceso carnal con sus víctimas, ni confesaban la existencia de su sensualidad, pero parecería que los instintos sensuales y crueles eran mezclados y sucesivos, como cuando [Pommeroy] despojaba de su ropa a los niños, los castigaba y reía sin pronunciar palabra; esta circunstancia que en todos los casos los desnudaba y castigaba, parece indicar que el elemento sensual estaba siempre en primera línea. En el caso de Piper, que nunca se halló sobre sus criaturas señal de sensualidad, concluyó después por confesar que obrara por lujuria."

(Alegato del fiscal Jorge Eduardo Coll)

"La anómala ontogenia cerebral de Godino se halla exteriorizada por anomalías craneo-faciales; por el escaso desarrollo de la estatura; por lo imperfecto de su dicción y por la insuficiencia intelectual, afectiva y volitiva. Intelectualmente, esta insuficiencia se revela por la pobreza del lenguaje; por su incapacidad para instruirse; por su difícil y a veces imposible comprensión de las materias abstractas; por la escasez de las nociones de cantidad y tiempo, de espacio y de causalidad, en virtud de lo cual son deficientes su ideación, su juicio y su razonamiento. Considerado en su actividad se ha visto que carece de los sentimientos de ternura, de piedad y de justicia."

(Informe de los peritos Negri y Lucero).

"También pudo ser causa de la degeneración el irregular funcionamiento de las glándulas, pues si las manifestaciones más graves de éstas son conocidas en degenerados típicos, es innegable su influencia en alteraciones menos radicales en degenerados como Godino, cuya pequeña estatura y desarrollo excesivo de las orejas hacen sospechar el influjo hasta hoy misterioso de esos órganos. Las alteraciones pluriorgánicas, afirma Renon, producen trastornos asociados en la patología de la pubertad. Desde luego, llama la atención en Godino, el desarrollo de la función genital y como consecuencia su macromelia."

(Informe de los peritos Cabred y Estévez)



Víctor Mercante sostuvo que la personalidad del Peisno hubiera encontrado freno con una mejor educación y alimentación.

nido la monstruosidad de los crímenes si las tendencias de Godino hubieran encontrado menos miseria social y fisiológica que los favoreciera. ¿La educación puede crear sentimientos sociales en quien no los tiene? Creo que sí o, por lo menos, atenuar la violencia de los perversos.

La coincidencia entre los peritajes médicos y los estudios psicopedagógicos avalaron la decisiva sentencia del Juez de Instrucción: loco y niño, el Peisno Orejudo es irresponsable ante la ley. La cárcel no será su futuro hogar. Santos Godino es trasladado al Hospicio de las Mercedes.

DESMANES EN EL HOSPICIO

El Hospicio de las Mercedes no estaba acondicionado para albergar una figura tan conflictiva como la del Peisno Orejudo. La polémica no se circunscribió al ámbito jurídico; todo el mundo se sintió con derecho a dar su opinión. Hasta el periodista que entrevistó a Cayetano Santos Godino para *La Paria degli Italiani* (ver recuadro) no quiso callar su indignación haciendo un llamado imperioso a la creación de un manicomio criminal que resolviera la más empecinada encrucijada de la criminología: el loco delincuente.

Lejos de sosegar, Godino no

dio tregua siquiera a los internos con los que habría de convivir. Indefensos como niños, estos adultos enfermos no pudieron hacer frente a la persistencia del instinto criminal del Peisno. La parálisis del interno Tomás Hull le ofreció la primera oportunidad. Entre el Pabellón "Lucio Meléndez" y el único baño del hospicio había un largo trecho. A pesar de las dificultades, y arrastrado seguramente por algún compañero solidario, consiguió llegar hasta la mitad del pasillo. Los golpes de Godino le llovieron por la espalda. Igual suerte corrió el enfermero que, presuroso, quiso poner fin a la feroz paliza.

Evidentemente, Cayetano no estaba cómodo en el asilo. La comunicación con sus compañeros era un fusible siempre pronto a estallar. Como ese día en el que Felipe Cervinara se atrevió a hacerle un comentario sobre la excesiva luz que inundaba la sala, impidiéndole el reposo. Godino no se hizo esperar; las antiguas técnicas no habían sido olvidadas y el débil imperpetrante pudo morir asfixiado de no mediar la diligente intervención del consoñado enfermero.

Quizás los sucesivos fracasos impulsaron a Godino a una módica aunque voluntaria elección: "Prefiero la cárcel, porque aquí están los locos y yo no soy loco".

Casi como haciéndose eco de las

tantas opiniones en contra de su persona, el Peisno Orejudo prefiguraba —sin conocerla— la vista del fiscal. Representante de las familias de las víctimas y portavoz de la opinión pública, el Dr. Jorge Coll no acepta los dictámenes médico-forenses que, a su criterio, encuentran en la enfermedad mental del imputado una coartada perfecta para la inmutabilidad. El fiscal bregará incansablemente para que la presa no se oscurezca de la red carcelaria. Porque a personas como Godino "se les llama más que locos, 'antisociales', porque sus actos no perjudicarían al sujeto mismo, que es precisamente lo que constituye la patología, sino al medio social. Soy de opinión de que el procesado Godino es un delincuente".

Sólo el encierro de Godino en una unidad penitenciaria aseguraría, para el fiscal, la defensa social imprescindible ante figuras tan peligrosas. Las paredes del hospicio son mucho más frágiles que las de la cárcel. Qué arrieta no sería capaz de urdir el Peisno para volver, libre, a sus andanzas. El hospital podría paliar su enfermedad pero la sociedad aún le reclamaría la deuda contraída por delictos tan tremendos.

La polémica cotidiana entre la señora de barrio y el dueño del almacén de la esquina reproducía la disputa, por momentos encarnizada, entre médicos y juristas. Cada uno se sentía dueño de la verdad. ¿Quién se quedará, finalmente, con los laureles del triunfo? El fiscal no dudó en su dictamen. Con diestro trazo, estampó su doctoral firma bajo un pedido inconvertible: la pena por tiempo indeterminado, subsidiaria de la de muerte,

ven los hombres que habitan el extremo sur del globo; ahí está el presidio; el cielo es el lugar más próximo". Cuando el escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada escribía estas palabras en su *Radiografía de la Pampa*, Santos Godino llevaba casi veinte años encerrado en una celda del famoso presidio.

El hacinamiento forzoso de los reclusos era, tal vez, el único remedio eficaz para la eterna noche invernal del lugar más olvidado del país. Después de una dura jornada de trabajo forzado, al aire libre y resistiendo con escasa vestimenta el rigor de la helada y el furioso embate de los vientos, sólo quedaban el ensueño o el recuerdo como sustitutos imaginarios de lo que los cuerpos agobiados ya no podrían disfrutar. La transformación del hacinamiento en promiscuidad quizás haya sido la única posibilidad a mano para satisfacer las demandas del placer. Pero una férrea moral rige, contra la opinión corriente, aún entre los más terribles delincuentes. Es por eso que Godino, victimario de indefensas criaturas, recibe un castigo más humillante que el de la ley oficial. Con los asesinos o violadores de menores se renueva, casi, el antiguo "bojo por ojo". Santos Godino se convierte ahora en la víctima de los abusos sexuales de sus compañeros de cárcel.

Junto a ellos, no obstante, debía cumplir las obligadas tareas que la vida carcelaria exige a sus huéspedes. Autos, cunitas, muñecos, caballitos, eran las artesanías preferidas de los designados al taller de juguetería. ¿Cuál sería el juguete que confeccionara con torpes manos el Peisno y con

Santos Godino se convierte ahora en la víctima de los abusos sexuales de sus compañeros de cárcel.

en razón de la minoridad de Cayetano Santos Godino. No había tenido la misma suerte su tío Cayetano Grossi, otro infanticida que el 6 de abril de 1900 murió fusilado en la Penitenciaría Nacional purgando su delito.

El 12 de noviembre de 1915, se jugaron las últimas oportunidades de la fiscalía en la decisión final de la Cámara de Apelaciones. Sus cinco integrantes sentenciaron, por unanimidad, al ciudadano argentino Cayetano Santos Godino (a) "El Peisno Orejudo" a la "pena de penitenciaría por tiempo indeterminado". No pudo ser mejor el regalo de la ley para quien once días antes había cumplido diecinueve años.

EL SUR TAMBIÉN EXISTE

"La vista comprende mejor que la inteligencia, que esta parte del mundo sobre la que luce el cielo más rico de estrellas y nebulosas, está en los confines del Planeta. En Ushuaia vi-

el que sus víctimas ya no podrán jugar".

Aunque parezca impensable, ciertos reflejos de ternura no son raros en los más encarnizados delincuentes. Un famoso cronista de la época, Juan José Soiza Reilly visitó el penal de Ushuaia en 1933, y en nota publicada en *Caras y Caretas* cuenta que Godino "pocos días antes de mi visita, provocó un incidente. El pabellón donde él estaba es el que se destina a los más peligrosos delincuentes. Todos los días, se les da una hora de aseo para que salgan de las celdas a tomar el sol. Estos penados habían criado dos gatitos huérfanos (sic), nacidos en la cárcel. Era de ver la caridad de los grandes asesinos. Alimentaban con su propia comida a los animalitos. Un día se desquitaron. Vieron que el Peisno Orejudo, tomaba entre sus manos a uno de sus gatitos. Como quien rompe una astilla de madera, le quebró el espinazo. — ¡Crac! — lo dejó en el suelo e hizo lo mismo con el otro gato. ¡Crac! Los penados se pusieron furiosos. Aplica-



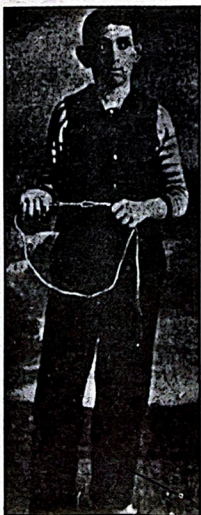
En Ushuaia, Santos Godino fue maltratado por sus compañeros y por los miembros del Servicio Penitenciario.

ron al Petiso una paliza tan feroz que lo mandaron al hospital por veinte

días."

Todas las crónicas insisten en los malos tratos que recibía Godino a manos de sus compañeros de rutina pero silencian insidiosamente los virtuales castigos corporales a los que el servicio penitenciario no era ajeno. En 1932, el médico del presidio de Ushuaia —Dr. Guillermo Kelly— denuncia en cartas al Ministerio de Justicia, a un juez de Río Gallegos y a un amigo, el maltrato físico a los penados. La publicidad de esta carta reveló que "en pleno siglo veinte, en el segundo establecimiento penal de la progresista República, se han roto huesos, se han reitorcido testículos, se ha castigado a los presos con tremendas cachiporras de alambre y con preferencia en las espaldas, para volverlos tuberculosos, y mil salvajadas más."

Es conjurable el estado del cuerpo del esmirriado Godino, por los castigos de ambos bandos. En el año 1944, enfundado en el estereotipado traje a rayas anticipado ya por aquel inocente traje de marinero que llevaba el día de su detención, el cuerpo del Petiso Orejudo se debate entre la vida y la muerte. En aquellos confines del mundo el cielo estaba cerca. No se sabe, sin embargo, si el infierno se duplicaba en alguna otra parte.



EL INDESCRIPTE

Por María Moreno

"Desde que empieza sus primeros pasos en la vida, el niño proletario sufre las consecuencias de pertenecer a la clase explotada. Nace en una pieza que se cae a pedazos, generalmente con una inmensa herencia alcohólica en la sangre. Mientras la autora de sus días lo echa al mundo, asistida por una curandera vieja y reviciosa, el padre, el autor, entre vómitos que apagan los gemidos lícitos de la parturienta, se emborracha con un vino más denso que la mugre de su miseria". La cita es de Osvaldo Lamborghini y pertenece a su cuento "El niño proletario", incluido en el libro *Sebergondi Retrocede*. El texto ponía en escena la violación y muerte de Estropeado, un canillita hijo de un ama de casa que se prostituye por un fiado, y de un borracho que le pega con "una cadena de pegar". Amén de la ironía y de parodiar el estilo de Elías Castelnuovo, Lamborghini parecía llevar hasta la exacerbación la actitud del arte y las ciencias sociales hacia el pobre: cosificarlo hasta hacer de él un mero despojo pasivo de la violencia de los discursos. El Petiso Orejudo, como Estropeado, fue el blanco de todo lo que su época barajaba de modernidad o cromagnonismo retórico. Literatura postochentista dispuesta a difundir que el puerto de Buenos Aires es la gran vagina que expulsa sobre

Todo converge en ese cuerpo con orejas en pantalla que pasa por los legajos policiales contra un fondo de nubes de cartón, pintado con traje marinero y un hilo en la mano.

la ciudad una inmigración bacteriana —en la cama del cocolice sólo se puede parir un degenerado— sociología biológica, psiquiatría morbosa, todo converge en ese cuerpo con orejas en pantalla que pasa por los legajos policiales contra un fondo de nubes de cartón, pintado con traje marinero, un hilo en la mano o desnudo, piernas separadas, exhibiendo —si la memoria no me falla por motivos que no quisiera aventurar— un sexo elefántico. A pesar de que ya en 1908 había en la Argentina una Sociedad de Psicología, presidida por José Ingenieros y de que en 1910 un tal Germán Greve trajo a la ciudad la buena nueva del psicoanálisis, Lombroso ganó por nocaut. Su narrativa tremendista y, en el fondo, basada en la romántica idea de "sino", era más eficaz como prensa amarilla de la ciencia que la fabulista freudiana sobre los chicos que se tocan ahí.

Lombroso tuvo que hacer mutis por el foro cuando durante la guerra del católice un montón de hombres de orejas pegadas a la cara o no altos o bajos, pusilánimes o psicópatas, imberbes o de mediana edad decidieron sin traer nada especial en la sangre matar organizadamente de acuerdo a la noción de patria. De este modo perdió vigencia una teoría que, de haber perdurado, tal vez nos hubiera ahorrado con el encierro las políticas de Alvaro Alsogaray y Martínez de Hoz (por portación de rasgos).

En una versión antipsiquiátrica, el Petiso es la prueba de lo patógeno de la familia biológica (el padre lo denuncia a la Policía por una pavadá: juntar pajaritos muertos en una caja). En otra, más canalesca, el Petiso practica la eutanasia al ganarle de mano al Gobierno en la masacre obrera de Semana Trágica. En otra cristiana, no hace más que tomar literalmente el acto carnal, descripto por San Agustín como una suerte de crimen provocado por el descontrol de un perro rabioso.

Sade escribió *Los 120 días de Sodoma* con sólo haber acuchillado a una mendiga a la que le tiró cera caliente en la herida. El Petiso hizo más y eso que era analfabeto. Hasta el escribiente que le toma declaraciones le es infiel y lo hace hablar —a tono con la psiquiatría— asimilando sus ganas de matar a los preámbulos de un ataque de epilepsia.

Fue gracias al debate creado por el caso del Petiso que se creó en el sur un pabellón especial para encerrados dobles (locos y amén delincuentes).

Cayetano Santos Godino da para una película de Favio, Semillita lo hubiera interpretado bien años atrás. Ahora podría aventurarse una versión internacional con Sidney O'Connor.

COLECCION

DELITOS

CASTIGOS

EL VACIAMIENTO DE

LA RAZON

esarios deben asumir su responsabilidad sin demora

SE PUDRE TODO

Desde hace más de sesenta días, los trabajadores de La Razon se enfrentan a la decisión de permanecer en la planta del diario a la espera de una solución digna y definitiva sobre la preservación de la fuente de trabajo y la protección de cada uno de los puestos de trabajo. Pero se agota ya la lista de brazos cruzados. Desesperados, se enfrentan, en conjunto al más alto nivel gubernamental, difusión pública de los ordes lúdi e internacional, compromiso

solidarios de diputados, partidos políticos, la Confederación General del Trabajo, organismo de derechos humanos y personas que se han comprometido a defender de que los trabajadores, su comisión interna y la Unión de Trabajadores de la Prensa de Buenos Aires se enfrenten a la explotación en una Argentina ya en la que todos los puestos de trabajo pueden ser un hilo de coser: en una Argentina en la

que se hace imposible hacer respetar el derecho al trabajo. Los trabajadores de La Razon ya han dicho la suya y seguirán haciéndolo hasta alcanzar el éxito de sus demandas. En hora que los empresarios no dudan de la solución y se corresponden con los intereses de la sociedad en su conjunto. Mientras esperamos los hechos, la conciencia sigue intacta, como en el primer día. "Si se ven a los trabajadores de La Razon 740 familias que no esperan otra cosa

CARTA DE MENEM

Señor don Juan Carlos Camello, presidente de la Razon, me dirijo a usted para expresarle mi solidaridad por los problemas que enfrenta el diario y la Razon. Me dirijo a usted para expresarle mi solidaridad por los problemas que enfrenta el diario y la Razon. Me dirijo a usted para expresarle mi solidaridad por los problemas que enfrenta el diario y la Razon.

En el momento de la entrega de esta carta, el señor don Juan Carlos Camello, presidente de la Razon, me dirijo a usted para expresarle mi solidaridad por los problemas que enfrenta el diario y la Razon. Me dirijo a usted para expresarle mi solidaridad por los problemas que enfrenta el diario y la Razon. Me dirijo a usted para expresarle mi solidaridad por los problemas que enfrenta el diario y la Razon.

6ª LA RAZON

DE LOS TRABAJADORES Nº 1

"BASTA"

Algunos y otros dicen, que no se puede hacer más. Pero los trabajadores de La Razon ya han dicho la suya y seguirán haciéndolo hasta alcanzar el éxito de sus demandas. En hora que los empresarios no dudan de la solución y se corresponden con los intereses de la sociedad en su conjunto. Mientras esperamos los hechos, la conciencia sigue intacta, como en el primer día. "Si se ven a los trabajadores de La Razon 740 familias que no esperan otra cosa

Dame la mano y vamos ya

Algunos y otros dicen, que no se puede hacer más. Pero los trabajadores de La Razon ya han dicho la suya y seguirán haciéndolo hasta alcanzar el éxito de sus demandas. En hora que los empresarios no dudan de la solución y se corresponden con los intereses de la sociedad en su conjunto. Mientras esperamos los hechos, la conciencia sigue intacta, como en el primer día. "Si se ven a los trabajadores de La Razon 740 familias que no esperan otra cosa

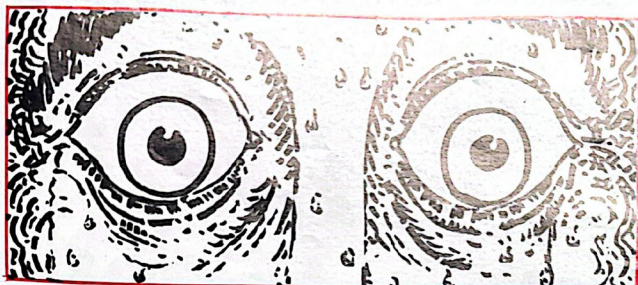
PROXIMO NUMERO

"Pensar en grande"

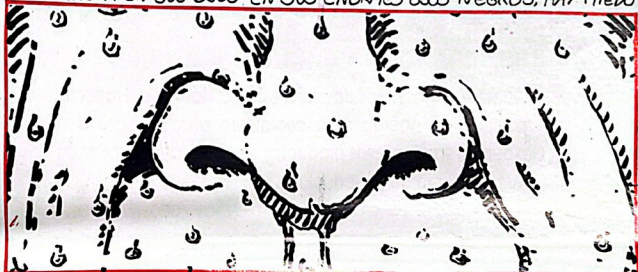
Señor don Juan Carlos Camello, presidente de la Razon, me dirijo a usted para expresarle mi solidaridad por los problemas que enfrenta el diario y la Razon. Me dirijo a usted para expresarle mi solidaridad por los problemas que enfrenta el diario y la Razon. Me dirijo a usted para expresarle mi solidaridad por los problemas que enfrenta el diario y la Razon.



PICHON LAGINESTRA: UN LADRON CON ESTILO



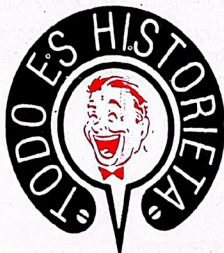
PERO AHORA EN SUS OJOS EN SUS ENORMES OJOS NEGROS, HAY MIEDO



Y EN SU NARIZ, Y EN SU BOCA, Y EN SU LENGUA, Y EN SUS DIENTES



Y EN SUS OREJAS, Y EN SUS TETAS, Y EN SU OMBLIGO Y EN...



50 HISTORIETAS DE JOVENES CREADORES

RESEÑA HISTORIA DEL COMIC ARGENTINO

PEDIDOS AL 354652

LOS PRECIOS MAS BAJOS EN LAS ZONAS FRANCAS

LA MUNICIPALIDAD LO AYUDA A HACER LAS COMPRAS

Los precios más bajos de plaza están en las Zonas Francas municipales. Acérquese a cualquiera de sus bocas de expendio y compre los productos de la canasta familiar a un costo sumamente reducido.

Compruébelo. La diferencia está en las Zonas Francas.

Horarios: De martes a viernes, de 7 a 13 hs., sábados, de 8 a 15 hs.

Martes

- Cochabamba e/Perú y Bolívar • Artilleros y La Pampa
- Coronel Salvadores e Itala • Itaqui e/Guaminí y Piedrabuena

Miércoles

- Almaguer y Pedro Chutro
- Juan B. Justo y Virgilio • California y Luzuriaga
- La Rosa e/Fonrouge y Larraya

Jueves

- Zelarrayán y Murguiondo • Espinosa y D. Alvarez
- Larsen e/Zamudio y Artigas • Pinto y García del Río

Viernes

- Plaza Martín Fierro (Rioja y AU) • Machaín y Crisólogo Larralde
- Terrada e/Neuquén y Páez

Sábados

- Isabel La Católica y Brandsen • Cafayate y Av. Cruz
- Cochabamba e/Entre Ríos y Solís • Av. Piedrabuena y 2 de Abril

Invitamos a productores y mayoristas a proponer planes de ventas, con precios concertados por debajo de los vigentes en el mercado. H. Yrigoyen 1418, de 9 a 17.



Secretaría de Planeamiento
Subsecretaría de Producción
Dirección Gral. de Comercio Interior y Abastecimiento

